

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

Área de Letras y Estudios Culturales

Maestría en Estudios de la Cultura

Mención en Literatura Hispanoamericana

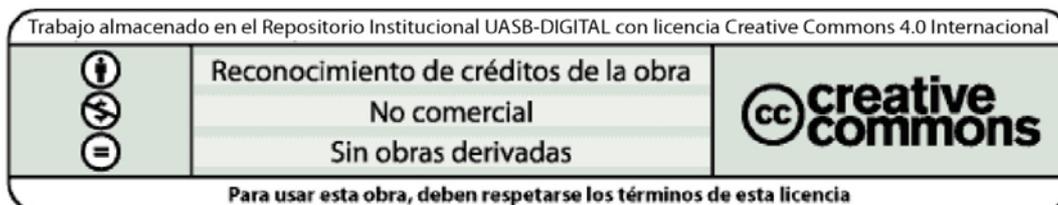
Voces frente al olvido

Crónicas sobre la violencia en Colombia

Deysi Johanna Marín Pino

Tutora: Alicia del Rosario Ortega Caicedo

Quito, 2019



Cláusula de cesión de derecho de publicación de tesis

Yo, Deysi Johanna Marín Pino, autora de la tesis “Voces frente al olvido: Crónicas sobre la violencia en Colombia”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magíster en Estudios de la Cultura en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

12 de febrero de 2019

Firma: _____

Resumen

Este trabajo de investigación propone analizar cómo aparece representado el conflicto armado en Colombia en las crónicas: “Los Silencios”, “La Derrota” y “Ángela” del escritor y sociólogo Alfredo Molano (2001), y en “El pueblo que sobrevivió a una masacre amenizada con gaitas” del escritor y periodista Alberto Salcedo Ramos (2011). Las crónicas hablan de experiencias particulares de mujeres, campesinxs, afrocolombianos e indígenas víctimas del conflicto armado y de pueblos marginados por la presencia estatal. Es así que estos relatos configuran otras representaciones y líneas de reflexión sobre la violencia, que no corresponden a las voces hegemónicas de la guerra y que, en esta oposición a los discursos oficiales, muestran la disputa entre el Estado, la guerrilla, los paramilitares y narcotraficantes por el poder político y económico, los efectos de la guerra en la población civil y sus formas de resistencia. En este marco, me propongo dilucidar los alcances de las crónicas en relación con: una reinterpretación del conflicto en Colombia; la resignificación permanente de la memoria sobre el mismo y sus cuestionamientos éticos y políticos en relación con la representación del horror y la barbarie.

En consecuencia, la pregunta principal de mi tesis es: ¿Cómo aparece representado el conflicto armado en Colombia en las crónicas de Alfredo Molano y Alberto Salcedo Ramos? Para esto, realizo una aproximación analítica y comprensiva a las crónicas, en relación con el carácter híbrido y político de sus historias, que contribuyen a configurar un tipo de lector particular, a saber, un sujeto político frente a la violencia. Posteriormente abordo los cuestionamientos que me suscitaron las crónicas en relación con aspectos del conflicto armado colombiano que dan cuenta de la degradación del mismo y finalmente desarrollo las conclusiones en relación con el cruce entre la dimensión ética, estética y política de las crónicas sobre la violencia en Colombia y los alcances de la representación literaria del conflicto armado.

Palabras clave: Literatura, Crónicas, violencia, conflicto armado en Colombia.

Gracias a la vida que me ha dado tanto...

Violeta Parra.

Gracias a mi familia y amigxs por su apoyo incondicional...

A las chicas de casa Bolivia en Buenos Aires-Argentina por brindarme amorosamente su solidaridad y compañía en tiempos de xenofobia...

A Alejandro Piraquive, Julián Gálvez, Lorena Gálvez, Leidy Bautista, Ángela Cardozo, Raúl Useche y la tía Luz Dary por secundar mi sueño académico...

A Elena y Katy por su apoyo y solidaridad desmedida...

A mi tutora Alicia Ortega por su motivación, paciencia, disposición y valiosos aportes para mi tesis.

A Angélica Hoyos y Cristina Burneo por sus valiosos comentarios y sugerencias respecto a la relación entre literatura y violencia.

En la misma vía: A Adrián Muñoz y Diego López por las charlas e invaluable acotaciones sobre mi tema de investigación.

A esos otros grandes maestros que conocí en la Andina, mis amigxs de la maestría y del alma...

A todas las personas que hicieron posible la experiencia de la Andina como bello recuerdo de una de las veces en que la vida me ha sonreído...

Tabla de contenidos

Introducción	11
Capítulo uno.....	21
Alfredo Molano: del “yo narrador” al pensador político.....	21
1.1. El yo testimonial	23
1.2. El pensador político	28
Capítulo dos	37
Funciones de la crónica como narrativa de la resistencia.....	37
2.1 El reconocimiento de la otredad	37
2.2. La función del narrar	41
2.3. La crónica como forma de conocimiento e interpelación.....	44
2.3.1. “Los silencios”.....	44
2.3.2. “La derrota”	48
Capítulo tres.....	55
La degradación del conflicto armado en Colombia.....	55
3.1. “La derrota”: ¿Qué vidas merecen ser lloradas?.....	55
3.2. “Ángela”: De una violencia “monstruosa” a una violencia humana	60
3.3. Vidas eliminables.....	63
3.4. “El pueblo que sobrevivió a una masacre amenizada con gaitas”	68
3.4.1. El horror de la barbarie	70
3.4.2. ¿El horror para qué?.....	72
3.4.3. Un pueblo que persiste.....	74
3.4.4. De la crónica a memorias sobre la violencia en Colombia.....	81
Conclusiones.....	85

4.1. Crónicas sobre violencia: el cruce entre lo estético, lo ético y lo político	85
4.2. ¿Qué puede hacer la literatura cuando se anula la vida?	91
Lista de referencias	95

Introducción

O ya no entiendo lo que está pasando, o ya no pasa lo que estaba entendiendo.

Carlos Monsivais.

He querido citar la frase de Monsivais como una forma de representar mi interés de investigación por comprender el fenómeno de la violencia en Colombia en relación con el conflicto armado, tomando en cuenta que se trata de un fenómeno complejo y difícil de aprehender a nivel de sus causas, las relaciones de complicidad y hostilidad entre los actores de la guerra, el horror de la barbarie y los efectos que ésta tiene sobre las víctimas. Desde hace más de 50 años Colombia ha sido un territorio en disputa con diversos actores del conflicto, por ejemplo: El Estado, guerrilla, paramilitares, narcotraficantes, políticos, latifundistas, fuerza pública y bandas criminales. Lo que ha tenido como consecuencia una tragedia humanitaria a nivel de éxodos de campesinxs¹ desterradxs de manera violenta, masacres, reclutamientos, feminicidios, violaciones permanentes a los derechos humanos etc. En Colombia la violencia es parte de un imaginario individual y social que permea nuestros procesos de subjetivación ya sea directa o indirectamente. Lxs colombianxs crecemos escuchando y/o siendo objeto de situaciones de violencia, de desigualdad e inequidad social, de corrupción estatal y ciudadana. Parte de nuestra cultura ha sido permeada por el narcotráfico y narcoestado, por la impunidad, la manipulación mediática y la insuficiencia de un sistema educativo, judicial y político. De allí que la violencia se constituya en un fenómeno legítimo de analizar y comprender continuamente para quienes deseamos construir y contribuir a una toma de posición frente al mismo y a la reconstrucción y resignificación permanente de memorias sobre la violencia, con el objetivo de que hechos atroces no se vuelvan a repetir.

Por lo anterior, tomando en cuenta mi línea de investigación de la maestría en Estudios de la Cultura que es Literatura Hispanoamericana y entendiendo la Literatura como una marca de época, como un discurso que lee e interpreta la

¹ El uso de la “x” en mi tesis es intencional y responde a una posición política y crítica frente al binarismo de género en la escritura y el pensamiento.

cultura a contrapelo, en este trabajo de investigación retomo algunas crónicas sobre la violencia en Colombia de reconocidos autores y cronistas colombianos como Alfredo Molano y Alberto Salcedo Ramos, con el objetivo de reflexionar sobre el género de la crónica y sus aportes a la comprensión y entendimiento del conflicto armado colombiano.

El género de la crónica se remonta en Latinoamérica desde la conquista y ha tenido varios cambios a nivel de su sentido y condiciones de producción. Es así como las crónicas de Indias se caracterizaron por negar la voz del otro, de lo diferente y lo susceptible de ser corregido. Posteriormente la crónica asumió un lugar de entretenimiento en la modernidad, desde el cual develaba otros mundos posibles a lectores deseosos de conocer otras realidades. A partir de Nájera y de Martí, la crónica asumió un papel político que se consolidó en la época contemporánea en el continente latinoamericano a partir de dimensiones sociales complejas (Falbo 2007). Características de la crónica como su alta referencialidad y su temporalidad, es decir, su anclaje a la realidad y su actualidad (Rotker 2005), contribuyeron en mayor medida a la especificidad de la crónica latinoamericana actual referida a su carácter de denuncia y de investigación de hechos y situaciones de la realidad social, haciendo devenir la crónica en un relato de historia contemporánea que refleja “las condiciones múltiples y confusas de una época” (Rotker 2005, 127). El contexto latinoamericano y sus situaciones de inequidad y desigualdad social otorgan especificidad al género, diferenciándolo en sus inicios del carácter editorial del entretenimiento correspondiente a la corriente francesa del periodismo y del carácter noticioso referido a la corriente norteamericana (Rotker 2005). Es precisamente esta dimensión política de la crónica la que me interesa destacar en este trabajo, en tanto que los textos de Molano y Salcedo, tienen una función política de sensibilización, crítica, denuncia, y confrontación de discursos oficiales sobre la violencia en Colombia que velan sus dinámicas y realidades complejas.

Molano es sociólogo, columnista y reconocido investigador sobre el tema de la violencia en Colombia; Alberto Salcedo Ramos es periodista y cronista destacado en el campo de la literatura de no ficción. Ambos autores apelan en sus textos a las historias y voces de campesinxs, mujeres, niños, indígenas y afrodescendientes ultrajados por el conflicto armado, mostrando con ello una perspectiva más amplia y localizada del fenómeno. En este sentido, el valor

sustancial de sus crónicas radica en que dan relevancia a las historias de violencia y resistencia de las víctimas del conflicto que, al tiempo que son singulares, hablan de una experiencia colectiva de la violencia, ya que son historias que cuentan muchas otras (Caparrós 2012).

Al analizar sus crónicas me encontré con una dificultad metodológica que he querido explicitar por cuanto puede iluminar la reflexión sobre el género de la crónica relacionado con el conflicto armado. Habitualmente se piensa la violencia como un tema ¿o concepto? exclusivo de las ciencias sociales. Es así que encontrar un género literario que aborde este tema me implicó la pregunta por cómo abordarlo. Inicialmente investigué los planteamientos de teóricos sociales como Daniel Pécaut, María Victoria Uribe, Darío Fajardo, Rodrigo Uprimmy, entre otros, y los informes del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH 2013, 2014, 2015) sobre la violencia en Colombia. En todos ellos encontré análisis bastante esclarecedores que exponían las causas objetivas de la violencia, como el problema agrario en Colombia en términos del latifundio y la concentración de la tierra; el despojo violento; la desigualdad social; la exclusión política; el narcotráfico; la corrupción de las instituciones estatales; la estigmatización peyorativa de demandas de equidad social como demandas "comunistas o de izquierda"; la sobreexplotación de recursos naturales y humanos entre otras. De allí que mis primeros escritos sobre crónicas sobre violencia en Colombia se limitaran a considerarlas como una mera representación de la realidad colombiana o confirmaciones de los discursos de las ciencias sociales que había leído previamente.

Después de mucho trasegar con el tema, pude ver que las crónicas de Molano y Salcedo no eran meras representaciones de otros discursos o de la realidad. La crónica, entendida como un género literario de no ficción que porta un alto valor ensayístico, constituye en sí misma un modo de pensamiento, una forma de pensar una cuestión (Caparrós 2012) de interrogar la realidad, de examinarla, de "iluminar" el mundo en que se vive (Villanueva Chang 2012) y en este sentido, de mostrar otras miradas posibles que deconstruyan discursos homogenizadores y estereotipados (Bencomo 2007) sobre el conflicto armado colombiano.

Afirmar la crónica como un género literario de no ficción implica caracterizarla a partir de su transgresión a cánones literarios, periodísticos y

academicistas que desdeñan su valor catalogándolo como un género híbrido que retoma elementos de la narrativa, el periodismo y de la investigación de las ciencias sociales, hibridez que en mi opinión le otorga valor al género. Así mismo, implica reivindicar la crónica como un género propicio para dar cuenta de la violencia en Colombia, dadas sus características de alta referencialidad, temporalidad, narrativa, y heterogeneidad discursiva, categorías que analizo en la presente investigación. Por ahora mencionaré algunas reflexiones sobre la transgresión de la crónica a los cánones literarios, periodísticos y académicos, puesto que las categorías que menciono anteriormente las desarrollo a lo largo del capítulo uno y dos.

Respecto al canon literario el género de la crónica transgrede una concepción conservadora de la literatura que refiere a esta última en relación con lo ficcional y lo sublime y que desdeña como artesanal o con poco valor estético las producciones que tengan un mayor anclaje en la realidad o en lo no ficcional (Rotker 2005), como es el caso de la crónica. En el marco de esta concepción autoras como Laura Restrepo -quien por lo demás ha realizado análisis bastante enriquecedores sobre la literatura de la violencia colombiana- han afirmado o sugerido que a mayor cercanía con la realidad menor valor estético:

Es cierto que esta proximidad excesiva a los hechos puede ser una de las causas principales de las deficiencias artísticas de la creación literaria de este período; la carencia de distanciamiento histórico reduce las perspectivas del enfoque, la vivencia directa de los hechos impide que se los cierna a través del tamiz de la reelaboración artística y hace que aparezcan, por tanto, en crudo, sin desbastar. Es evidente también que la mayor parte de la literatura de la “Violencia” que tiene peso desde el punto de vista literario, vino a producirse recientemente, tras la decantación de los sucesos. En términos generales y descontando alguna excepción notable puede decirse que a medida que esta literatura se va distanciando de los hechos, y a medida que se van haciendo más complejas las pautas estéticas y políticas asumidas por la propia novelística colombiana, las obras de la “Violencia” cobran más valor literario (Restrepo 2015, 458).

Me parece que la autora ve en la referencia cercana a hechos reales, por un lado, el menoscabo de un valor artístico ficcional o sublime, y por otro, el peligro de contar historias maniqueas o estrechas de miras respecto a la violencia, tal como lo expone respecto de obras como “Viento seco” de Daniel Caicedo (1953) o “Zarpazo” de Evelio Buitrago (s.f.). Es precisamente esta concepción de la literatura la que ubica a la crónica como un género marginal de la narrativa sobre

la violencia en Colombia. No obstante, a partir de mi experiencia con el análisis de crónicas sobre la violencia en Colombia me distancio de sus planteamientos, en tanto que la no ficción de las crónicas, configurada a partir de su referencialidad y temporalidad (Rotker 2005) y de recursos literarios, constituye en mi opinión su valor estético característico. A partir de historias de vida del campesinado, de la recreación de la oralidad y de un lenguaje documental, en su sentido cinematográfico y periodístico, las crónicas recrean paisajes, atmósferas, pueblos, caseríos periféricos, objetos, personajes y formas de relación e intercambio, característicos de dichos lugares, para dar cuenta de historias de violencia ancladas a la realidad social colombiana. Tal como lo plantea Caparrós (2012) “[al] armar un clima, crear un personaje, pensar una cuestión [...] El cronista mira, piensa, conecta para encontrar (en lo común) lo que merece ser contado” (609). Así mismo, el recurso a la oralidad constituye un rasgo literario de alto valor que confiere densidad y profundidad a los personajes y a la vez otorga verosimilitud a los relatos, reforzando de esta manera la generación de empatía en el lector o lectora.

En lo que refiere a la posibilidad de la representación maniquea de la realidad, considero que no aplica para el caso de las crónicas, puesto que la posición argumentativa sobre la violencia, presente en las crónicas que aquí analizo, corresponde a una visión plural y multicausal del fenómeno, la cual se expresa a través de la heterogeneidad discursiva de sus historias y personajes, porque lo que interesa no es presentar una sola verdad sobre los hechos, si no historias de vida del campesinado víctima del conflicto armado y sus formas de resistencia.

Es así que la referencia a hechos de la realidad complejos y dinámicos como en el caso de la violencia, no mengua el valor artístico de las historias que recrean dichos hechos, tal como plantea Restrepo (2015) en el marco de una concepción conservadora de la literatura. Incluso las mismas palabras de Restrepo, quien plantea que las obras literarias que se distancian de la descripción de hechos reales “deparan conocimiento sobre la realidad, pero lo hacen a través del placer estético” podrían emplearse para caracterizar a las crónicas. En efecto, éstas también son versiones literarias semejantes a las versiones que Restrepo (2015) ubica en el ámbito de la ficción, en lo que tiene que ver con el hecho de “rastrear

motivaciones ocultas, mecanismos sutiles, engranajes subyacentes” (459) en la violencia en Colombia, tal como lo veremos más adelante.

Por otra parte, desde una visión ortodoxa del periodismo también se desdeña a la crónica por no ceñirse a los datos objetivados de la realidad y se la ancla dentro del género de “Periodismo Narrativo”, género del cual también me distancio por recaer en una concepción que liga lo ficcional a lo literario.

Esto permitió otro sentido transgresor de la crónica: mermar la posición ortodoxa del periodismo realista que planteaba la objetividad absoluta como meta a alcanzar y que constituía para el cronista un impedimento en la elaboración de técnicas artísticas. El Nuevo Periodismo (arraigado en un discurso cuyo eje es una voz que descara sus complejos, sus prejuicios y su sectarismo), criticaba la representación objetiva de la realidad que en todo caso consideraba engañosa, mezclando el reportaje de investigación con una escritura de intenciones estéticas (Salazar 2005, 7).

A pesar de que Salazar (2005) reivindica la crónica como un género transgresor respecto de los cánones literarios y eminentemente político, parece recaer en la antigua concepción de literatura, al afirmar la ficción como fuente de creación de universos simbólicos veraces: “No exenta de artificios, la crónica está anclada al mismo tiempo a la realidad de la que da cuenta, y a la ficción, cuyas técnicas utiliza para crear un universo simbólico veraz” (20). El lenguaje en sí constituye un artificio que representa, es decir que siempre va a estar “en lugar de”, por lo que la realidad objetivada o aséptica que se representa sigue siendo una ficción al estar mediada por otro que la configura y por el lenguaje mismo. En este sentido valdría la pena cuestionar o replantear la vieja distinción entre ficción y no ficción que discrimina los géneros literarios.

Es así que propongo definir la crónica como un género literario en sí mismo, más allá de esas diferenciaciones canónicas del periodismo y la literatura. El valor estético y ensayístico de la crónica se configura a partir de un lenguaje emancipatorio que recrea otras miradas posibles, otros universos simbólicos sobre historias ancladas a la realidad social y que en dicha recreación hace uso de figuras literarias y poéticas que contribuyen al goce estético propio de obras literarias y artísticas. Planteo el goce estético en un sentido Freudiano entendido como la apertura en la vida afectiva del espectador de fuentes de placer o de goce, que posibilitan un desahogo de los afectos y la identificación con los héroes de las

historias que se recrean (Freud 2004). La identificación con los héroes de las historias posibilita la generación de empatía en la comunidad lectora, mecanismo fundamental para que la crónica como narrativa de la resistencia cumpla su función movilizadora que se caracteriza por: el reconocimiento de la otredad y la diferencia; la función del narrar y la constitución de historias como formas de conocimiento e interpelación.

Por otra parte, además del valor estético de la crónica, el valor ensayístico le confiere al género el carácter contra hegemónico y contestatario específico de la crónica latinoamericana. Tal como lo plantea Jezreel Salazar (2005) “una de las funciones de la crónica consiste en oponerse al sentido homogeneizador y superficial que sobre la sociedad delimitan los medios” y yo añadiría, para el caso colombiano, los discursos oficiales sobre el conflicto armado, como los del Estado, Empresarios y Fuerzas Armadas.

Una de las funciones de la crónica es crear un testimonio impugnador: cuenta otra historia, la historia no oficial. Como afirma Piglia, la tarea del escritor es construir relatos alternativos a los que construye y manipula el Estado para “desmontar la historia escrita y contraponerle el relato de un testigo” (Piglia, 2001: 17). Frente al relato del poder y su máquina de ficciones, la crónica se presenta como un relato subversivo que expresa el testimonio de la “verdad borrada”. La voz del cronista es precisamente la de ese testigo que crea otras versiones no definitivas de los hechos, un tipo de significación no unívoca e incontestable (Salazar 2005, 14).

Es así como el género de la crónica transgrede tanto los cánones literarios, periodísticos como los de las ciencias sociales. Las crónicas de Molano y de Salcedo, por medio de sus recursos literarios y ensayísticos, restituyen la subjetividad a un discurso sobre la violencia que tradicionalmente ha sido el discurso objetivado de las ciencias sociales. “Lo literario en este género se reconocerá no solo como cuestión de estilo, sino como ‘gesto de diferenciación que permite reconfigurar la realidad empírica desde una mirada otra que se resiste al solo relato de lo real, entendiendo lo real como el solo enunciado de los hechos” (Monsivais citado por Bencomo et al. 2007). Los autores asumen una postura literaria para mostrar una realidad social compleja en términos de los mecanismos de poder, transacciones entre los diferentes actores armados y formas de lucha y resistencia del campesinado ultrajado. Les interesa mostrar esas realidades y formas de significación que surgen en el marco de la violencia en Colombia, lo cual es posibilitado por el valor estético y ensayístico de la crónica como género

literario. En este sentido, se entiende la ruptura que Molano tiene con la academia en su interés por dar cuenta de la violencia en Colombia.

Yo comencé a escribir informes sociológicos, que terminaban engavetados, que nadie leía y a nadie le importaba ... y fui transitando hacia lo que llamamos a hora historias de vida, hacia los relatos de la gente, los libros y de ahí salté al periodismo, porque de todas maneras los relatos tienen un público más grande que los informes, pero el periódico tiene mucha más amplitud y la televisión ni se diga. Y el objetivo era mostrarle al país ese otro país, sensibilizarlo con el drama que está viviendo la gente y contribuir a que pierdan el miedo a la protesta (Molano en *Conversan DOS*).

De allí que las crónicas de Salcedo y Molano pongan en primer plano voces marginadas de los discursos oficiales, instalando con ello al género en el cruce entre lo ético y lo político de la escritura. La encrucijada entre la ética, la estética y la política, está atravesada por un saber que exponen las crónicas y en virtud del cual devienen en una forma de conocimiento y de interpelación (Villanueva Chang 2012) sobre los hechos de la realidad que representan, haciendo de las crónicas textos mediadores “entre los cambios culturales que como sociedades nos afectan y el modo en que estos son interpretados” (Falbo 2007, 12). Es así como el género de la crónica se constituye en un género literario de no ficción que amerita ser incluido dentro de los estudios sobre la narrativa de la violencia en Colombia.

En consecuencia, propongo pensar las crónicas de Molano y de Salcedo Ramos a la luz de sus características literarias, sus efectos políticos y sus cuestionamientos éticos. Es así como en el capítulo uno realizo una aproximación comprensiva a la escritura de Alfredo Molano en relación con el carácter híbrido de sus crónicas. Para esto, establezco tres categorías de análisis: el “yo testimonial” o “yo ficcional”; La escritura colectiva o desapropiada y el pensador político, con el objetivo de establecer elementos de análisis que permitan posteriormente dilucidar el potencial y alcance de crónicas sobre la violencia en Colombia.

En el capítulo dos reflexiono sobre las crónicas como narrativas de la resistencia que contribuyen a configurar una comunidad lectora particular, a saber, sujetos políticos frente a la violencia. Para esto retomo específicamente “Los silencios” y “La derrota” de Alfredo Molano y establezco tres funciones de la crónica en términos del reconocimiento de la otredad; la función del narrar y el

devenir de las crónicas como formas de conocimiento e interpelación a partir de la pregunta ¿qué permiten las crónicas sobre la violencia en Colombia?

En el capítulo tercero abordo los cuestionamientos que me suscitaron las crónicas en relación con aspectos puntuales del conflicto armado colombiano que dan cuenta de la degradación del mismo. Es así como inicialmente retomo la pregunta de Judith Butler (2006): ¿Qué vidas merecen ser lloradas? en relación con la crónica “La derrota” de Alfredo Molano. Posteriormente abordo la pregunta por la “génesis” de la violencia humana y las formas de precarización de la vida en relación con la crónica “Ángela” del mismo autor y finalmente realizo una reflexión sobre el horror y la barbarie representados en la crónica “El pueblo que sobrevivió a una masacre amenizada con gaitas” del escritor Alberto Salcedo Ramos. Retomo a este último autor con el propósito de dilucidar otro alcance del género de la crónica como memorias sobre la violencia en Colombia, además del ya establecido anteriormente en relación con las crónicas de Molano, como formas de conocimiento e interpelación.

Finalmente desarrollo las conclusiones en relación con el cruce entre la dimensión ética, estética y política de las crónicas sobre la violencia en Colombia y los alcances de la representación literaria del conflicto armado.

Capítulo uno

Alfredo Molano: del “yo narrador” al pensador político

Me reencontré con la mirada campesina, ese agujero por donde sigo mirando el país
Molano (2006).

Alfredo Molano, escritor, sociólogo y periodista colombiano ha sido una de las voces más influyentes en el país respecto del fenómeno de la violencia². Dentro de sus libros más reconocidos se encuentra "A lomo de mula, viaje al corazón de las FARC", "Desterrados, crónicas del desarraigo", "Años del tropel" entre otros, que documentan el conflicto armado colombiano, el surgimiento de los actores armados y las dinámicas complejas de la violencia en Colombia subrayando la complicidad institucional con ésta.

Molano se ha dedicado a recorrer esa “otra Colombia”, como él mismo la denomina, que obedece a lugares y poblaciones marginales respecto de la presencia estatal, como de la voz oficial, la de los medios de comunicación. Molano “ha dibujado el mapa de un largo conflicto agrario. Ninguna región y casi ninguna lucha campesina del último tercio del siglo XX en Colombia han escapado a su escrutinio” (Salas 2017). Es así que, a partir de sus crónicas se puede conocer y comprender el conflicto armado en Colombia, puesto que se fundamentan en una teoría sobre el mismo y sus causas complejas.

Molano entrelaza una visión sociológica, histórica, antropológica, periodística, incluso cinematográfica del conflicto armado con un estilo literario que recrea historias orales de campesinxs quienes han sido las fuentes directas de sus investigaciones en sus viajes por el país. Al asumir una postura literaria que transgrede el discurso objetivado de la sociología, sus textos han sido calificados por autoridades académicas de dicha disciplina como faltos de rigor científico³.

² Ha sido galardonado con el doctorado Honoris Causa por parte de la Universidad Nacional de Colombia en el 2014 y en el 2016 con el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, a la "Vida y obra de un periodista".

³ Cito las palabras de Molano sobre su trabajo de investigación derivado de sus estudios de doctorado en París: “Al regresar de estudiar en París –donde aprendí poco y divagué mucho–, quise hacer mi tesis de grado sobre la renta de la tierra, un tema de moda entre los intelectuales [...] Busqué ansioso información para mi tesis. La gente me respondía con una mezcla de generosidad y desconfianza, hasta que, viendo mi torpeza, la primera le ganó la partida a la segunda y entonces me contaban su vida [...] Lo escribí en primera persona como si ellos, los colonos, lo hubieran escrito. Tal subjetividad -dictaminó la doctrina- reñía con la naturaleza objetiva y aséptica

No obstante, por ser literatura de no ficción no quiere decir que carezcan de rigor y agudeza para interpretar las causas y dinámicas del conflicto en Colombia. Al contrario, sus crónicas constituyen una visión sociológica y literaria sobre la violencia a partir de la cual denuncia y muestra con destreza las dinámicas complejas y causas fundamentales del conflicto en el país, a la vez que las formas de lucha y resistencia de los campesinos víctimas del conflicto armado.

Desterrados, crónicas del desarraigo es un libro que tiene como tema central el destierro y exilio forzado en Colombia a partir del conflicto armado. En él, Molano representa el conflicto por la tierra como la principal causa de la violencia en Colombia y la complicidad institucional con ésta. Es así como las crónicas “Los silencios”, “La derrota” y “Ángela” constituyen una voz de denuncia y visibilización sobre aspectos de la violencia como la complicidad institucional con los actores armados en relación con el despojo y el control de territorios; el narcotráfico y su infiltración en el conflicto; la criminalización de la protesta; la violación a los derechos humanos y al derecho internacional humanitario y las formas de resistencia de las víctimas en medio del conflicto que tienen lugar a partir de la disputa por la tierra.

Lo anterior se configura a partir de una heterogeneidad discursiva que corresponde, por un lado, con la heterogeneidad de la crónica como género y por otro con la dificultad que supone aproximarse al fenómeno de la violencia en Colombia a nivel de sus causas y dinámicas complejas. Dicha heterogeneidad se compone de algunos de los elementos que refiere Villoro (2011) al definir la crónica como el ornitorrinco de la prosa, tales como “la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida” (579) o una atmósfera narrativa que le otorga verosimilitud al relato, la polifonía de voces, la escritura en primera persona, los datos de la realidad convulsa del país, “la posibilidad de argumentar y conectar saberes dispersos” (Ibíd.) y la recreación de imágenes documentales sobre lugares y paisajes.

A partir de estos elementos se recrea un mundo narrativo, en el que se dibujan lugares rurales inmersos en tensiones políticas y económicas, haciendo

de la ciencia. No se podía distinguir entre la verdad y la fantasía. Para mí, la cuestión no era de método sino de ética. Se produjo entonces un rompimiento a ciencia y conciencia, una “ruptura epistemológica” con quien parecía más un juez que un maestro. Y sobre este rompimiento eché a andar” (Revista Semana 2014).

visible esa otra Colombia que borran los medios de comunicación hegemónicos. Así mismo, el alto valor literario y ensayístico de las crónicas se configuran a partir de la oralidad o el lenguaje testimonial sin serlo propiamente, ya que sus personajes hablan a partir de la mediación discursiva del autor, que atribuye a sus crónicas una función política. Tal como lo afirma el mismo Molano: “Lo mío no son transcripciones de la gente. Son historias contadas por la gente, pero son elaboradas por mí, con mi subjetividad, con mis sensaciones, con mi mirada” (Molano en Leal Arango 2013, 57).

A partir de dicha heterogeneidad, Molano teje en sus relatos una visión sociológica e histórica del conflicto armado que no responde al lenguaje objetivado de las ciencias sociales, pero que dialoga con sus interpretaciones teóricas sobre la violencia en Colombia en cuanto a sus causas complejas, como lo veremos más adelante. A continuación, analizo algunos elementos de la heterogeneidad discursiva del autor como los aportes de las historias orales a la configuración de las crónicas; el “yo narrador” y “el yo político”.

1.1. El yo testimonial

Como lo mencioné anteriormente, las crónicas de Molano están basadas en historias orales del campesinado a quien él ha entrevistado en sus numerosos viajes por el país, por lo que sus escritos trabajan un efecto de oralidad en el lenguaje para configurar las voces de campesinxs quienes aparentemente cuentan en primera persona sus experiencias como víctimas del conflicto armado. Es por esto que las crónicas de Molano implican establecer una primera diferenciación entre el “yo” narrador y el escritor y pensador político, ambos portadores de un saber que contribuye a una representación alternativa del conflicto armado en Colombia, y que, no obstante, como veremos más adelante, se fusionan en sus crónicas.

Por lo pronto me centro en el narrador literario que emerge en las crónicas de Molano. En su libro *Desterrados, crónicas del desarraigo*, quienes hablan en sus relatos son personajes que representan al campesinado que ha vivido directamente el conflicto armado a nivel del destierro violento. Por ejemplo, en “Los silencios” nos adentramos en el relato de un campesino quien nos cuenta cómo él y su familia han sido atropellados por los distintos actores del conflicto,

como la guerrilla, los paramilitares, el Estado, narcotraficantes y élites económicas, quienes hacen uso del despojo violento con fines económicos.

Mi padre nació cerca de Cereté en tiempos de Ana Julia Campos, una mujer que se levantó contra los atropellos que cometían los patronos con los trabajadores del Ingenio Berástegui, y que creció oyendo cuentos de los abusos políticos y ganaderos [...] Una cadena larga de peleas y rencores nos amarraba a toda la gente que huía –que huíamos- por el caño Tiquisio (Molano 2001, 54).

En “La derrota” nos encontramos con el relato de un personaje escritor en duelo amoroso, quien cuenta la historia de violencia padecida por su expareja María José en la costa pacífica colombiana a manos de madereros, políticos, paramilitares y guerrilla.

La vi organizar sus cosas sobre la cama, como siempre lo hacíamos, abrir la maleta y empacar con afán. Salió sin mirarme. Yo sabía que me había dejado de querer desde el día en que ya no volvimos a reírnos juntos. Me lo callé para no creerlo y no tener que aceptarlo, y por eso aquel adiós no me sorprendió, como se lo recordé el día que regresó derrotada para contarme lo que le había pasado; sabía que yo necesitaba escribir sobre ella para poder ponerle punto final –o quizás punto y coma- a mi duelo (Molano 2001, 27).

Y en “Ángela” asistimos al relato de una niña que cuenta la experiencia de desplazamiento forzoso que ella y su familia tuvieron a causa de la intimidación y control ejercido por los paramilitares en su pueblo natal Nechí. “En Nechí nunca usé zapatos y andaba a pie limpio como mis hermanos, mis primos y casi todo el pueblo. No los necesitábamos, porque allá lo que no es arena es barro; ni siquiera los necesité una vez que me salieron vejigas por debajo y los pies se me pusieron blanditos” (Molano 2001, 35).

La voz de los colonos víctimas del despojo y la violencia en Colombia, es el lugar de enunciación desde el cual Molano construye sus relatos. El autor se pone del lado de las víctimas a quienes representa como gente humilde y trabajadora y quienes terminan siendo los que directamente padecen el conflicto armado. En este sentido, el autor inscribe el relato en la articulación con un lenguaje testimonial producido en un cruce entre una dimensión política y una literaria. Es así como en sus crónicas encontramos historias de vida de campesinxs víctimas del conflicto armado, quienes en su calidad de narradores nos sumergen en sus experiencias de dolor y desgarramiento. No obstante, Molano es quien crea

estos personajes y los hace hablar a través de la crónica, por medio de una trama que se configura a partir de historias orales, poniendo en juego lo que el sociólogo Fals Borda denominó como la técnica de la imputación, la cual también es afirmada por el mismo Molano:

El principal procedimiento de Molano sobre el terreno ha sido el que en otra parte he llamado “imputación” a través de entrevistas, mayormente grabadas, cuya información se escoge, se suma y se adscribe a un personaje clave que uno mismo puede bautizar o identificar independientemente (Borda citado por Osorio 2014, 166).

Yo hablo con la gente, y la gente me va contando sus historias, me va relacionando con otras personas. Hay conversaciones que son, digamos, muy completas, profundas, descriptivas e interesantes. Hay otras que son más cortas, más estériles. El conjunto de esas conversaciones va haciendo historias, que son las que yo trato de contar (Molano citado por Leal 2013, 57).

Al estar basadas en un lenguaje testimonial, sus crónicas deconstruyen y cuestionan discursos oficiales sobre la violencia en Colombia, produciendo de esta manera otras líneas de reflexión sobre la misma. La relatividad del discurso y la multiplicidad de relatos y significaciones son algunos de los aportes de las historias orales o de los testimonios sobre la violencia que las crónicas de Molano retoman, puesto que permiten el acercamiento a la reconstrucción de memorias múltiples y no de una sola memoria. Así mismo, a partir de historias orales Molano restituye con un grado de fidelidad los afectos, percepciones, expresiones y maneras de resistir el conflicto de lxs campesinx, a la vez que organiza dicho lenguaje testimonial en función de su manera de interpretar el conflicto en Colombia.

Las historias orales y el lenguaje testimonial le permiten al autor informar sobre acontecimientos, pero sobre todo mostrar lo que los hechos significaron para las personas que los vivieron (Portelli 2016). Son precisamente estas significaciones asociadas a los acontecimientos violentos representadas en las crónicas las que propician que el lector se aproxime a diferentes interpretaciones y comprensiones del conflicto. En este sentido, al visibilizar esas otras voces marginadas, las crónicas muestran la otra Colombia a quienes no hemos vivido el conflicto directamente y deconstruyen imaginarios y prejuicios mediatizados sobre la violencia. Tal como lo refiere Molano: “a mí me preocupó más de un

momento a otro llevarle a la gente la voz de los colonos, que llevarle a los colonos la voz de la academia” (Leal 2013, 10).

En este sentido, las crónicas “terminan siendo el resultado de una relación bidireccional, de un trabajo en común del que toman parte entrevistado y entrevistador” (Portelli 2016, 28). Tanto a los cronistas como a los testimoniantes les interesa dar a conocer esas historias sobre la violencia que competen a una colectividad en mayor o en menor medida y que en su momento no tenían fácil acceso a la literatura o a los medios de circulación de la información nacional. Así, el testificante se vale de la relación con el entrevistador para llevar su relato a grupos más amplios y a su vez el interlocutor agencia sobre el relato en función de la visión del conflicto que quiere proponer.

No obstante, cabe mencionar que las crónicas de Molano y el género en sí mismo no son propiamente lenguaje testimonial. Una diferencia entre el testimonio como tal y las crónicas obedece a la mediación discursiva de los cronistas y en este sentido al grado de fidelidad que se mantiene respecto al relato narrado. En el testimonio por ser parte de historias orales, se intenta restituir lo más fielmente posible el relato testimonial (Portelli 2016), a diferencia de las crónicas en las que los cronistas, a pesar de guardar cierto grado de fidelidad con el relato, realizan sobre él un trabajo de edición, selección, traducción, transcripción y en algunos casos de invención que responde a su visión e interpretación del conflicto armado en Colombia.

Lo que hay es que yo recibo lo que me dice la gente, además de la información, un lenguaje, y yo apelo a ese lenguaje para contar la historia. Ahora, en esa apelación hay parte mía porque un texto y una historia de esas es producto no solamente de ellos, sino mío. Lo mío no son transcripciones de la gente. Son historias contadas por la gente, pero son elaboradas por mí, con mi subjetividad, con mis sensaciones, con mi mirada (Molano citado por Leal Arango 2013, 57).

No es gratuito entonces que Molano apele a la categoría de *destierro* en lugar de *desplazamiento*, término usado por el Estado y los medios oficiales de comunicación, para nombrar el éxodo de campesinxs colombianos dentro y fuera del país a raíz de la violencia del conflicto armado. Para Molano, de acuerdo con las historias y testimonios de campesinxs, el éxodo refiere una desposesión de la tierra por medio de la violencia que sufren los testimoniantes, y no un

desplazamiento como tal, puesto que éste implicaría una voluntad de tránsito de un lugar a otro:

Yo digo que el término desplazados es un término robado de la física. Desplazar es cambiar de sitio una cosa, un objeto, y a la gente eso es lo que tratan de decirle: se desplazan, es decir, él vivía en Chocó pero ahora vive en Medellín, no hay ningún problema, se desplaza. Cuando ese término esconde un terrible drama, está tratando de soslayar una realidad histórica muy determinante. A la gente no se le desplaza, a la gente se le obliga a huir con el miedo, con el terror. Y no solamente para desterrarla y sacar eventualmente los amigos de la guerrilla, sino para apropiarse de esa tierra y concentrarla (Alfredo Molano en Memorias Cátedra Pública 2003, 13).

Es así como la interpretación que realiza el autor sobre el éxodo campesino prevalece en sus crónicas y se opone al discurso institucional que lo nombra como “desplazamiento”, realizando de esta manera una crítica aguda al establecimiento y sus discursos que velan las realidades de lugares marginales donde el destierro violento opera con fines económicos.

No obstante, hay que decir que, sin ser lenguaje testimonial propiamente, las crónicas son a la vez una forma de testimoniar el conflicto social y político en Colombia. Las crónicas de Molano constituyen una narrativa en contra del orden establecido a través de representaciones y documentos culturales testimoniantes de historias que portan un registro ficcional, pero que a la vez no son obras de ficción estrictamente; son sobre todo relatos de denuncia y de investigación de situaciones sociales, en este caso, problemáticas. Es así que, por su anclaje a la realidad en un tiempo determinado, sus crónicas constituyen una "marca de época", un testigo de la misma que provee a sus lectores insumos para pensar su realidad (Reguillo 2004).

De modo que la importancia de las crónicas de Molano sobre la violencia en Colombia no reside tanto en la verificabilidad del discurso, recordemos que ésta fue una exigencia realizada al autor por autoridades académicas de una sociología ortodoxa, sino en lo que informan realmente sobre la violencia, la forma en que la representan, los efectos que provocan en el lector y las interpretaciones del conflicto que suscitan. Lo que interesa no es el dato objetivado que oculta la realidad que la crónica devela. No por constituir una literatura de no ficción, las crónicas carecen de rigor, todo lo contrario, éste se configura a partir de un discurso literario que como lo dije anteriormente constituye una marca de época.

En este sentido, al estar basadas en memorias que existen, en una matriz de lo real, las crónicas tienen mucho que aportar a la memoria histórica, a pesar de que no constituyen documentos oficiales de la misma y al mismo tiempo lo son significativamente.

1.2. El pensador político

Otra dimensión de análisis en la que podemos ubicar a las crónicas de Molano obedece a la figura del mediador discursivo del relato que cuenta, a saber, la del pensador político. En las crónicas subyace la mirada sociológica del autor que dialoga con planteamientos de las ciencias sociales sobre la violencia en Colombia. Las crónicas construyen y transmiten otras interpretaciones sobre la violencia que ponen de manifiesto las causas sociales, económicas y políticas que están en la base de la violencia en Colombia y que suelen velarse en los discursos oficiales del Estado y de los medios de comunicación hegemónicos. En “Los silencios” por ejemplo, vemos la historia condensada del conflicto armado en Colombia que parte de la colonización y del despojo violento a lo largo de generaciones, a manos de ganaderos, terratenientes y empresarios.

Y cuando las cosas echaron a verse mal y los ganaderos a empujar campesinxs para afuera, el hombre pensó que había demasiada tierra baldía para dejar la vida en una cerca de púas. Porque los labriegos de todo aquello que hoy es Ciénaga de Oro, Rabo Largo, Mateo Gómez, Bajo Grande, peleaban sus derechos hasta que la policía terminaba colgándolos de los alambres para que escarmentaran y se fueran (Molano 2001, 55).

La crónica evidencia que el despojo y el latifundio han sido procesos continuos y paralelos en el departamento de Bolívar, que implican la disputa por el territorio y explotación de sus recursos, y que en el mecanismo del despojo intervienen otros actores como ganaderos, empresas agroindustriales, políticos, Estado, guerrillas, paramilitares y fuerza pública. De allí que la crónica denuncie diferentes modalidades de violencia contra los campesinxs sobre las cuales expongo a continuación algunos ejemplos:

Mi padre nació cerca de Cereté en tiempos de Ana Julia Campos, una mujer que se levantó contra los atropellos que cometían los patronos con los trabajadores del Ingenio Berástegui, y que creció oyendo cuentos de los abusos políticos y

ganaderos [...] Una cadena larga de peleas y rencores nos amarraba a toda la gente que huía –que huíamos- por el caño Tiquisio (Molano 2001, 12).

Para Molano los principales rasgos de la historia de Colombia son la colonización y la violencia (Leal 2013), en este sentido sus crónicas denuncian la complicidad entre las élites locales como el gremio ganadero, los políticos y la fuerza pública para desterrar de manera violenta a la población civil. El destierro violento es un tema recurrente en las crónicas del autor como él mismo lo afirma:

La gente me contó mil cuentos. En todos había y hay un elemento común: el desalojo por razones políticas, pero con fines económicos. A los campesinos los acusaban los ricos de ser liberales, o conservadores, o comunistas, para expulsarlos de sus tierras y quedarse con ellas. Siempre las guerras se han pagado en Colombia con tierras. Nuestra historia es la historia de un desplazamiento incesante, solo a ratos interrumpido” (Molano 2001, 15).

En “Ángela” el desplazamiento forzoso tiene lugar a causa de la intimidación de la población civil por parte de los paramilitares, grupo que ha hecho del terror un mecanismo de control de territorios y de despojo violento, contra el cual las crónicas de Molano constituyen una crítica mordaz y acuciante.

Yo lo oí decirle en secreto a mi mamá que se iba a tener que ir porque ya le habían dicho que se tenía que ir. Yo no sé quién se lo dijo, pero a los días de oír yo eso apareció Lauro en la calle, muerto. Lo habían envenenado. Mi papá se puso muy bravo. Dijo que la culpa era de los enemigos que se había echado encima, pero mi mamá le decía que los enemigos que él tenía no mataban animales. Yo sé que mi papá le tenía miedo a la paramilitar, a los señores esos que matan y matan gente (Ángela 2001, 47).

Resulta interesante la diferenciación que las crónicas representan entre los grupos paramilitares y la guerrilla. Esta última aparece representada generalmente como un movimiento campesino, armado y político en abierta oposición al Estado, que hace las veces de éste regulando las dinámicas de las comunidades, castigando severamente las faltas a la convivencia y atacando principalmente instituciones estatales.

-Por aquí seguiremos pasando; no aceptamos la droga; no aceptamos los sapos; no aceptamos los pícaros y no aceptamos a los criminales. Quien lo sea, es mejor que desfile; quien no lo sea, que trabaje y no le haga mal a nadie. Quien no sea legal a nuestra ley, le damos dos oportunidades antes de pelarlo: una para que se corrija y otra para que se vaya. La tercera es la definitiva (Molano 2001, 64).

Por contraste, representan a los paramilitares como “gente muy mala, como salida de la entraña misma de Satanás” (Molano 2001, 66). Recordemos que los paramilitares no constituyen la figura de un actor armado y político dentro del conflicto por su carácter prosistémico y contrainsurgente, por lo demás, auspiciado por el Estado, terratenientes, ganaderos y narcotraficantes; pero sí constituyen un factor que ha degradado el conflicto hasta niveles impensados de violencia y horror tal como lo analizo en el capítulo tres.

En consecuencia, esta diferenciación se subraya en las crónicas, puesto que para Molano “las Farc [son] un movimiento armado campesino con ideales políticos. No lo considera un grupo terrorista o narcotraficante” (Molano citado por Cruz Hoyos 2016). Ahora bien, no hay que soslayar que a partir del auge del narcotráfico el “fundamento sociológico [de las guerrillas] nada tiene en común con aquel de los años '70” (Pécaut 2001, 131), es así que después de la caída del muro de Berlín y la expansión de los cultivos ilícitos en Colombia la violencia ejercida por las guerrillas se transforma en una violencia por los recursos, pasando a un segundo lugar las causas sociales que se encuentran en su origen, de allí que me llame la atención que Molano “soslaye” o no represente en sus crónicas la transformación prosaica de este grupo armado.

Por otra parte, las crónicas también denuncian la explotación de la fuerza de trabajo de los campesinxs a manos de las empresas agroindustriales, y la subsecuente criminalización y estigmatización de la protesta y el descontento social, con la complicidad de la fuerza pública.

El administrador llamó al ejército; el capitán nos acusó de estar del lado de la guerrilla y amenazó con “castigarnos”. Los directivos del sindicato lo frentaron y el hombre, sin decirnos nada, nos dio la espalda. A los días, cuando íbamos a comenzar la jornada, vi que en el cable había como unos racimos envueltos en plásticos negros. Se me hizo raro porque ni usábamos esos talegos, ni habíamos dejado racimos colgados. Cuando fui a ver pegué el salto y casi perdí el sentido: de los ganchos estaban colgados el presidente y el secretario del sindicato. Nunca se castigó a nadie por ese crimen y los patronos siguieron sin que les doliera una muela (Crónica Los Silencios 2001, 61).

La ausencia/ presencia estatal también aparece representada en “Los silencios” como un tipo de violencia que afecta principalmente a lxs campesinxs,

puesto que el Estado está ausente para garantizar los derechos fundamentales a las poblaciones, pero hace presencia para insertar al territorio en las dinámicas de las economías neoliberales⁴. Es así como en un pueblo como Pinillos caracterizado por la precariedad institucional el Estado aparece para construir una carretera que inserte al pueblo en una dinámica comercial, lo cual deriva en la confrontación de varios actores del conflicto que pugnan por el territorio.

Sin embargo, aun con todo, la cosa era llevadera, hasta que el gobierno le dio por hablar de la carretera a Tiquisio. Ahí dieron la largada: todos querían situarse cerca de la obra para que la valorización los beneficiara, y se desató una guerra de tierras que no respetó títulos de papel, ni de trabajo, ni de tradición, ni de palabra. Los madereros querían sacar rápido lo que quedaba de madera, y los ganaderos y especuladores querían abarcar más tierra para vendérsela cara al gobierno cuando saliera a comprarla, lo que significó atropellos, robos descarados, muertos. Fue por eso que todas las organizaciones que defendían el derecho de los campesinxs se pusieron las pilas para luchar contra el destierro que venía en tropel, contra el robo de tierras, contra la violencia que abría el camino. Y cuando la Iglesia, a su manera, y la guerrilla a la suya, se pusieron del lado de la gente [contra el despojo], aparecieron los paramilitares y los militares, y la impunidad se quedó a vivir cuidando ese matrimonio (Molano 2001, 70).

El autor se va lanza en ristre contra todo el establecimiento y los diferentes actores del conflicto. En este sentido, también representa la corrupción institucional en territorios aparentemente abandonados por el Estado y en los que los actores armados hacen las veces de éste, controlando las dinámicas sociales, políticas y económicas de la región.

La única preocupación de todos era la destrucción del manglar. Repetidamente lo habían denunciado en Buenaventura y Cali, pero don Enrique, el comprador mayorista, tenía vínculos con los políticos y había logrado construir una muralla que protegía su negocio a cambio de los votos que le conseguía Bonifacio Mosquera, votos todos de los trabajadores que le aserraban la madera y se la ponían descascarada en el puerto. Eran muchos porque el río Cajambre tenía mangle hasta bien arriba, y porque además el tipo explotaba los ríos Agua Sucia, Timba y Yurumanguí (La Derrota 2001, 30).

Si bien los fragmentos anteriores evidencian cómo el campesinado es violentado y atropellado por diversos actores del conflicto, Molano explicita esta

⁴ Esta idea la desarrollo en el siguiente capítulo con mayor profundidad a partir de los planteamientos de Margarita Serje (2012) sobre la presencia /ausencia estatal.

violencia contra la población civil cuando representa la violación a los derechos humanos y al derecho internacional humanitario por parte de los actores armados, incluida la fuerza pública, la cual aparece representada en helicópteros que bombardean territorios indiscriminadamente. Esta denuncia es recurrente en las crónicas de Molano, quien como ya dijimos se pone en el lugar del campesinado ultrajado y desde allí denuncia la violencia de la que es objeto.

Levis estaba sacando para la calle a la gente que él conocía, y los paras la estaban amarrando en el suelo. En este momento oímos lo peor: tiros regados y silencios. Silencios largos que daban más miedo que las bombas (Molano 2001, 52).

Íbamos llegando a Pinillos cuando oímos la totiazón de las bombas que soltaban los helicópteros. Se descolgaban en picada, como gavilanes, y botaban sus huevos a la loca, como peleando contra todo el mundo (Molano 2001, 51).

La población constituye la carne de cañón sobre la que se ejerce el terror como mecanismo de control, despojo y apropiación de territorios, puesto que este último se logra solo si se ejerce un control sobre los cuerpos (Segato 2018). En este sentido, las crónicas evidencian la vigencia de la herida colonial en términos del despojo violento, de allí que “los valores de la conquista, el creer que se puede tomar un cuerpo y un territorio, están todavía, es falso pensar que la colonia se terminó. Nada muestra en nuestro continente hoy que el proceso de la conquista haya finalizado” (Segato, ¿Cómo terminar con la guerra de conquista permanente? 2017).

En el marco de estas denuncias y de poner en primer plano las experiencias de ultraje del campesinado, las crónicas plantean la degradación del conflicto en Colombia en términos del desdibujamiento del carácter político de la lucha armada y su transformación en un conflicto por los recursos económicos. En efecto, en las crónicas vemos cómo la guerra no es entre los actores armados, sino contra la población civil y cómo el mecanismo del despojo violento constituye una de las principales estrategias en esta degradación. De lo que las crónicas concuerdan con lo que el sociólogo Daniel Pécaut (2001) ha conceptualizado como violencia prosaica, una violencia que deja de ser política para degradarse en una violencia por los recursos económicos, en la que priman las relaciones estratégicas entre los actores y en la que se privilegia el terror como mecanismo efectivo de control de territorios.

-Usted –dijo el que mandaba- es un malnacido guerrillero. Venimos a cobrarle sus fiestas con esos bandoleros – y sin decir más sacó una pistola y le disparó tres tiros en la cara.

No quiero que las moscas se los coman juntos y que no se sepa que el teniente Aguirre, del Escuadrón de la Muerte, anda por estos lados limpiando la región de la guerrilla.

Le dio un puño, lo tiró al suelo y le soltó un par de culatazos en las costillas. Diego, sin moverse del miedo esperó al amanecer (La Derrota 2001, 33).

A partir del lenguaje testimonial, de la representación de un discurso oral, y de una visión sociológica del conflicto armado en Colombia, Molano va encadenando los temas o categorías de análisis de la violencia, que también son categorías que retoman las ciencias sociales. En las crónicas subyace el problema agrario en términos del despojo violento, el latifundio y la falta de apoyo al sector rural; así mismo la desigualdad social y el atropello al campesinado, quienes son despojados violentamente de sus territorios, como causas y efectos estructurales de la violencia en Colombia. Es así como el autor parte de la colonización a manos de las élites económicas para representar la transformación de las economías rurales en economías de cultivos ilícitos y de allí la transformación del conflicto y de las relaciones estratégicas entre sus actores.

En la propia finca de mi padre, que para ese tiempo ya no era nadie, levantó la gente su encapullado con talegos de plástico y ramas de *Ceiba Toluá*, el árbol que fue la cuna de nuestra desgracia, como el viejo mío nos lo hizo entender aquella noche. El ceibo es un árbol corpulento como una catedral, que mide diez o quince metros de alto y por lo menos cinco de cintura. Ha sido muy perseguido por las compañías madereras porque es un palo fino y resistente que no se tuerce con el agua. Hoy los aserríos de Pinillos lo tienen acabado. Con su corte empezó el fin de la selva, y el fin de la selva comenzó con la ganadería. Para sacarlo había que meter mulas y sembrar pasto para mantenerlas, y en esos abiertos hicieron los potreros que con el tiempo se volvieron tierra de reses. El corte de madera fue financiando la apertura de haciendas. Una cosa empata con la otra y el perdedor es siempre el colono (Molano 2001, 54).

Lo anterior configura la postura del pensador político que organiza, en función de una mirada sociológica e histórica, el discurso de las crónicas para difundir elementos de análisis y otras miradas posibles sobre la violencia que controviertan el discurso oficial. Si bien dicha mirada corresponde a una posición política y crítica particular frente al conflicto armado, no cae en una visión

maniquea sobre la violencia criticada por Laura Restrepo (2015) respecto a la literatura sobre la violencia colombiana. La mirada del pensador político que subyace en las crónicas es una mirada multicausal y plural sobre el fenómeno, la cual es posible, por un lado, gracias a la multiplicidad de voces que representa y por otro, porque lo que interesa, no es plantear una sola verdad sobre el conflicto, si no informar al país sobre esa otra Colombia que los discursos oficiales velan. Tal como lo plantea el autor: “La información que el país tiene sobre la guerra es nula. Qué pasa, por un lado, son las versiones oficiales del Ejército o de la guerrilla. Nadie sabe lo que está sucediendo en las zonas, porque nadie va” (Molano citado por Leal Arango 2013, 64).

Y tuvo algún impacto en la medida en que lo que los campesinos y los colonos me contaban a mí y yo transcribía, editaba, o simplemente inventaba en mis libros, le comenzó a hablar a la gente de otro país, otro país que muchos ya conocían pero que les habían velado con una imagen construida, elaborada, bien conceptualmente o bien políticamente o bien imaginariamente. La realidad es que la gente que leía mis libros comenzó a sentir que hay otro país distinto al país que le habían dicho que existía. Un país más vibrante, un país más real, un país más simple, y un país más valiente (Pública 2003).

El género de la crónica por su anclaje a la realidad social, a una época en particular (Rotker 2005) y su carácter de urgencia y de denuncia resulta propicio para narrar el conflicto armado colombiano en la medida en que el tema de la violencia así los requiere. De allí que las crónicas de Molano no sean meramente informativas, constituyen una interpretación sobre la guerra en contra de un poder tanatopolítico que se actualiza en el marco del conflicto armado. Las crónicas se oponen a los discursos que velan las causas estructurales del mismo y suelen representarlo como consecuencia de economías ilegales o de grupos “comunistas y terroristas”. Tal como lo plantea el autor: “siempre se habla de la corrupción administrativa del Estado, nunca se habla de que los corruptores del Estado son los empresarios, y menos aún del problema de la concentración de la tierra, de la miseria y de la exclusión de la gente” (Molano 2003). De modo que ampliar la información, cuestionar versiones oficiales, construir la crónica como una forma de conocimiento sobre el conflicto es un rasgo distintivo del género en Molano, el cual tiene como objetivo develar ese otro país que oculta el discurso oficial.

Ahora bien, afirmar que tras las crónicas está la figura del pensador político implica establecer una primera diferenciación con los discursos de las ciencias sociales. Si bien las crónicas coinciden con algunos planteamientos de la sociología e historia de la violencia en Colombia en relación con las causas fundamentales del conflicto, como el problema agrario, el despojo violento y el latifundio, entre otras, las crónicas se diferencian de dichas disciplinas en la medida en que restituyen, a partir de recursos literarios, la subjetividad, los significados, las formas de vivir y resistir el conflicto por parte de las víctimas del mismo. En otras palabras son construidas a partir de una dimensión afectiva que moviliza (Diéguez 2018) y que se contrapone al lenguaje objetivado de las ciencias sociales que arroja datos, cifras y conceptos desapasionados.

A partir de un lenguaje en primera persona que se configura con elementos narrativos, centrados en las experiencias subjetivas y colectivas de los personajes, y situaciones propias de las historias orales, las crónicas de Molano tienen un efecto de empatía e indignación en el lector o lectora. En este sentido, si bien la comunidad lectora destinataria de las crónicas hace parte de una cultura letrada, las crónicas ensanchan los límites de esta cultura en tanto no se dirigen solamente a un gremio académico, por medio de un lenguaje objetivado y “aséptico”, como se demanda desde una lógica ortodoxa de las ciencias sociales, si no que narra a un público más amplio, hechos que atañen a su realidad social. Porque el interés no está en objetualizar el fenómeno de la violencia, si no en constituir sujetos políticos frente a ella. De allí que la marca del género en Molano, a partir de su dimensión política, sea su “potencialidad de transformación no solo como resultado de estilo sino como aceptación de la complejidad” (Falbo 2007, 16) y su potencialidad de interpelación encaminada hacia la generación de una toma de posición en el lector.

Capítulo dos

Funciones de la crónica como narrativa de la resistencia

Hasta aquí he analizado las crónicas de Molano en términos de las categorías del yo testimonial y el pensador político. En este capítulo me propongo analizar sus crónicas como narrativas de la resistencia que contribuyen a configurar una comunidad lectora particular, a saber, sujetos políticos frente a la violencia. Para esto retomo específicamente “Los silencios” y “La derrota” y establezco tres funciones de la crónica en términos del reconocimiento de la otredad; la función del narrar y el devenir de las crónicas como formas de conocimiento e interpelación a partir de la pregunta ¿qué permiten las crónicas sobre la violencia en Colombia?

2.1 El reconocimiento de la otredad

Las crónicas se desplazan hacia un reconocimiento de la otredad y van más allá al plantear interpretaciones críticas sobre el conflicto armado. En este sentido, se relacionan con una característica relevante del género que supone que la crónica es fundamentalmente el momento del otro (Guerrero 2013), se trata de una escucha atenta y abierta a la singularidad de esos otros cuya voz se distorsiona o se vela en el discurso oficial. Las crónicas son fundamentalmente el producto del encuentro con un otro que modifica la visión del cronista y en el que el otro cobra una dimensión reivindicativa. Es así como para el autor “uno de los mayores méritos, virtudes y posibilidades de las historias de vida, es reivindicar la historia anónima, esencial y elemental de la gente” (Molano citado por Leal Arango 2013, 109). No obstante, hay que decir que las crónicas de Molano no intentan darle la voz al subalterno, todo lo contrario, persiguen contrarrestar la imagen oficial de víctima, que la instala en un lugar inmóvil y pasivo, mostrando un campesinado luchador, lo cual configura el propósito interpelativo de las crónicas que consiste en movilizar al lector a la indignación y la resistencia.

No sé, es una pregunta muy difícil de responder porque decir esa imbecilidad de dar a los que no tienen voz la voz, eso es una pendejada. No es eso. Yo creo que la idea final es tratar de contradecir la imagen oficial que tienen sobre campesinos,

colonos, trabajadores del campo. Esa idea de que son labriegos, esa imagen es la que yo quiero contrarrestar con la información viva de su propia historia que me da la gente. Que no es exactamente eso. Un campesino es fundamentalmente un luchador (Molano citado por Leal 2013, 57).

Este reconocimiento de la otredad prefigura la dimensión colectiva de la escritura en tanto que las crónicas son historias que cuentan muchas otras. Al trabajar con lenguaje testimonial, las crónicas dan cuenta con mayor evidencia de esta dimensión o de lo que Cristina Rivera Garza (2017) define bajo el concepto de *desapropiación*. “La desapropiación, así, desentraña la pluralidad que antecede a lo individual en el proceso creativo. Al hacerlo, la desapropiación expone el trabajo comunitario de los practicantes de una lengua como base ineludible del trabajo creativo” (Rivera Garza 2017)⁵. En este sentido, retomando los planteamientos de Rivera Garza, las crónicas portan un carácter plural y colectivo que se construye y materializa en el intercambio intersubjetivo de los cronistas y los testimoniados, de allí que las crónicas constituyan un sentido dialógico que incluye la palabra de otros y que posibilita el reconocimiento en la diferencia, “la crónica se vuelve así una forma de reconocimiento: la otredad da sentido a la existencia propia; uno mismo es otro” (Salazar 2005, 30).

Podríamos definir entonces a las crónicas de Molano como “escrituras geológicas” (Rivera Garza 2017), en tanto que se configuran a partir de “capas sobre capas de relación con lenguajes mediados por los cuerpos y experiencias de [otros]” (Ibid). Molano materializa en la escritura lenguajes vivos y en contexto que refieren prácticas, modos de pensar y sentir, realidades sociales que se transforman a partir de hechos violentos propios del conflicto armado en Colombia. Tal como se evidencia en el siguiente fragmento que representa el duelo de un padre por la muerte abrupta y violenta de su hijo: “Para el viejo fue una gran pena; se echó a morir y nada volvió a importarle. Dejó todo en manos nuestras, las de sus hijos [...] La muerte de mi hermano lo dejó hecho un cadáver en vida” (Molano 2001, 60-62).

En este sentido, sus crónicas devienen en textos fronterizos que entrecruzan discursividades múltiples (Falbo 2007, 25), textos que capturan un vasto “material de la historia personal de la gente, que no es la historia del caudillo, ni del general, ni del arzobispo, sino la historia de gente común y corriente”

⁵ Énfasis añadido.

(Molano citado por Cienciagora 2006), poniendo en primer plano historias anónimas, esenciales y elementales sobre el conflicto que cuestionan las versiones oficiales y estereotipos sobre el mismo. Molano une en sus textos lo que la guerra fragmenta, parte, hiere, configurando de esta manera el carácter híbrido de las crónicas que condensan muchas historias de dolor, de resistencia y de guerra. Tal como lo expresa Salazar (2005):

Si la fragmentación del espacio público ha traído consigo una fragmentación del discurso y de la conciencia que versa sobre él, el cronista buscará restablecer cierta unidad a través de una estética del fragmento. La crónica aparece así como un ejercicio de sutura que ordena o cierra lo que en la realidad social se encuentra fragmentado o roto (34).

Es así como a partir del reconocimiento de la otredad y de una escritura colectiva las crónicas condensan muchas historias en una sola para configurar personajes de campesinxs que resisten y luchan en medio de la precarización de la vida y a pesar de sus muertos. Sus historias evidencian una forma de cohesión social quizá ausente o inconsciente en las comunidades de origen. Tal como se evidencia en la siguiente crónica, en la que un personaje desterrado añora su comunidad:

Mis amigos, el tinto conversado con mis hermanos, las peleas con mis vecinos, las mentiras del alcalde, las quejas de los indígenas y hasta los ratos de hambre y de miedo que habíamos sentido me hacían falta. A pesar de mi trabajo y del consuelo que me daba, no encontraba mundo bajo mis pies, y cuando comencé a sentirme extraño conmigo le dije a La Mona que me iba.

-Vámonos –aceptó ella-. Confiemos en Dios.

Regresar es echar la vida para atrás. El río me pareció más pequeño, la gente más dura, la vida menos grata. Pero era el río y era nuestra gente, nuestra vida. (Molano 2001, 69).

Por otra parte, la heterogeneidad discursiva de las crónicas de Molano no obedece solamente a sus relaciones con el lenguaje testimonial, sino que también implica una diversidad en los recursos literarios a nivel de la representación documental de las historias y los lugares rurales en que éstas tienen lugar. A través de la escenificación de paisajes, Molano ancla las historias en territorios, mostrando cómo estos también se transforman a partir de las dinámicas de la violencia. “Cada rato íbamos al río, sobre todo por las tardes, a fresquiar, hasta que mi papá nos prohibió volver porque comenzaron a bajar muertos flotando y no quería que nosotros los viéramos. Nunca vi ningún muerto en el río, pero si

oíamos a la gente decir que el río botaba muertos” (Crónica Ángela 2001, 40). En este fragmento vemos cómo la habitabilidad del territorio y las dinámicas de la comunidad del pueblo de Nechí se transforman con la llegada de grupos armados paramilitares. Los significados y prácticas que configuraban el río cambian, haciendo que éste deje de ser un lugar de esparcimiento para devenir en un lugar ominoso y signo del terror de la barbarie. En este sentido, al escenificar la vida misma por medio de la configuración y descripción de los lugares que habitan los cuerpos ultrajados por la violencia, Molano denuncia la precariedad de la vida y los territorios que usufructúan los actores del conflicto en el marco de una racionalidad instrumental que pugna por la acumulación de capital por encima de la vida misma, tal como se evidencia en el siguiente fragmento:

La Boca del Cajambre es un puerto escondido en un manglar de la costa pacífica colombiana. O mejor, en lo que el negro Bonifacio Mosquera ha dejado del manglar, porque el hombre ha levantado familia, comprado panga, construido casa e instalado aserrío a punta de venderles “palos prohibidos por la ley”, como los del mangle, a don Enrique Ortiz, un comerciante que compra la madera que sea para vendérsela a su vez a Cartones Colombianos (Crónica La Derrota 2001, 27).

La hibridez de la escritura en Molano responde a una narrativa de la resistencia que se configura frente a la fragmentación que provoca la violencia y frente a la homogenización institucional del discurso sobre el conflicto. Podríamos decir que las crónicas de Molano responden a lo que Falbo (2007) define como el desafío mayor del cronista:

[...] rescatar la palabra devaluada por la lógica del relato que uniforma y refuerza de este modo la exclusión, ya que fortalecer estereotipos es, en forma implícita, una negativa al diálogo, al debate, a la interrogación, a la escucha. En ese caso, interpretar la voz de “lo otro” en la cercanía de lo cotidiano, significa también aceptar el desafío de la escritura —es decir, del trabajo con la heterogeneidad formal— como acto de resistencia (Falbo 2007, 16).

Al ubicarse en el borde, en lo fronterizo y lo colectivo, las crónicas reivindican el reconocimiento de la otredad y establecen un diálogo con la diferencia; en este sentido recrean un mundo político, democrático y heterogéneo que impugna discursos homogeneizadores y totalitarios. Como veremos más adelante las crónicas prefiguran mundos posibles de lucha y defensa de la dignidad humana.

2.2. La función del narrar

Otras de las funciones que identifiqué en las crónicas, además de su sentido de urgencia y de denuncia, es su sentido de perdurabilidad a través de la narración de experiencias en primera persona. Ante la perplejidad del horror la palabra tiende a enmudecer y parece imponerse el miedo y la imposibilidad de articular el dolor en palabras. Como lo vemos en el siguiente fragmento de “Los silencios” que representa el silencio del miedo y del trauma.

Los paracos se retiraron para los lados de Loba, mientras la policía levantaba los cadáveres de las catorce víctimas del dedo de Levis. Los helicópteros de la brigada no regresaron ese día. En el pueblo todo era desconcierto y miedo, un miedo que enmudece y que no deja hablar (Molano 2001, 53).

¿Cuál el potencial de la narración en las crónicas? De acuerdo con Benjamin (1991) la función de narrar tiene una utilidad, una sabiduría, la de dar consejo, “algunas veces en forma de moraleja, otras, en forma de indicación práctica, o bien como proverbio o regla de vida” (Ibíd., 3). Para el autor la narración se inscribe en la experiencia de vida y se opone al sentido fugaz y transitorio de la información que mengua la posibilidad de comunicar la experiencia. Es así que narrar una historia supone dar cuenta de una experiencia, y en ese dar cuenta una reorganización de la misma. Las crónicas sobre violencia en Colombia ligan Literatura y experiencias de vida marcadas por el horror de la guerra. De allí que, por un lado, la función del narrar permita articular en palabras situaciones que el horror tiende a enmudecer, elaborarlas y comunicarlas. Y por otro, blinde dichas experiencias contra el olvido y la banalización que supone el sentido fugaz y transitorio de la información. “La información cobra su recompensa exclusivamente en el instante en que es nueva. Sólo vive en ese instante, debe entregarse totalmente a él, y en él manifestarse. No así la narración pues no se agota. Mantiene sus fuerzas acumuladas, y es capaz de desplegarse pasado mucho tiempo” (Benjamin 1991, 6).

La narración y comunicación de las historias de los personajes de las crónicas, ancladas a una realidad social, tienen el potencial de provocar, por medio de recursos literarios, emociones de asombro, sorpresa, dolor, reflexión, rabia e

indignación en el espectador. Es esta precisamente la fuerza de la narración que no se agota con el tiempo y que se mantiene en cada una de las historias. Como lo refleja el siguiente fragmento ante el cual resulta imposible permanecer impasibles.

Aquel día estalló otra bomba: nueve campesinos de Arenal habían sido destrozados con motosierras, y sus cuerpos colgados en pedazos al borde de la carretera. La gente se echó al monte con el poco aliento que le quedaba, con sus corotos, con sus hijos, con sus perros; echó a esconderse entre las ciénagas, a hacerse invisible (Molano 2001, 53).

Para usar la bella metáfora de Benjamin, podríamos decir que las crónicas se “asemejan a las semillas de grano que, encerradas en las milenarias cámaras impermeables al aire de las pirámides, conservaron su capacidad germinativa hasta nuestros días” (Benjamin 1991, 7). Esta capacidad germinativa se sustenta, por un lado, en la estética literaria de la crónica que por medio de la representación y recreación de imágenes instala al espectador en el goce estético⁶, el cual posibilita la generación de empatía e identificación en el espectador. Al respecto analizo a continuación el siguiente fragmento de la crónica “Ángela”.

Nunca vi ningún muerto en el río, pero sí oíamos a la gente decir que el río botaba muertos. A mí me gustaba que el río botara muertos porque entonces mi papá nos llevaba a unos caños clarílicos donde se veían pescaditos de colores que cuando uno metía los pies, venían a morderle los dedos y con sus jetas pequeñitas nos hacían cosquillas (Molano 2001, 40).

La bella imagen de los pescaditos de colores en un río claro contrasta con la situación ominosa que la niña refiere de manera inocente, a saber, la de que el río se está convirtiendo en una fosa común. Este contraste entre lo bello y lo ominoso, junto con la narración marcada por la inocencia de la niña da cuenta del carácter literario de la crónica que instala al espectador en el goce estético, es decir, en el lugar de la identificación.

Por otro lado, la fuerza de la narración en la crónica o su capacidad germinativa también se sustenta en el reconocimiento de la otredad o de la diferencia que permite el reconocimiento propio, en tanto que éste posibilita que

⁶ Sobre este tema escribo algunas líneas de reflexión en la Introducción.

se abra paso la idea de que “ese otro que sufre podría ser yo o parte de mi familia”. De allí que la movilización afectiva de la narración cobre mayor fuerza.

Otro rasgo que afianza la fuerza de la narración de las crónicas consiste en que éstas refieren historias libres de explicaciones, el lector o lectora “es libre de arreglárselas con el tema según su propio entendimiento, y con ello la narración alcanza una amplitud de vibración de que carece la información” (Benjamin 1991, 6). Como he mencionado anteriormente, las crónicas no imponen una única forma de ver la violencia en Colombia en tanto que representan un discurso heterogéneo que se configura a partir de una colectividad de voces, de un lenguaje testimonial. Al plantear la tesis multicausal de la violencia las crónicas evidencian el arte de la narración en clave de los planteamientos de Benjamin, e instalan al espectador en el lugar de la pregunta, la duda o la extrañeza.

En consecuencia, la identificación que supone el goce estético, el reconocimiento del otro y el cuestionamiento son los mecanismos que posibilitan la generación de empatía en el espectador y que la fuerza de la narración perdure. De allí que dicha fuerza devenga en un rasgo fundamental de la crónica y la constituya como un género propicio para dar cuenta de la guerra en Colombia, porque lo que interesa es que las historias contadas pervivan y no se agoten en la inmediatez y saturación de la información, en el dato escueto que banaliza el acontecimiento. Por ejemplo, el fragmento siguiente evidencia cómo se transforman las prácticas de una comunidad y se rompe el tejido social a partir del momento en que el terror paramilitar se instala

A las ocho todo el mundo se metía para las casas. La gente grande se quedaba hasta esa hora afuera, charlando con los vecinos, porque después la paramilitar pasaba en las motos y mataba a quien no se hubiera escondido. Daba temor ver esas calles solas y a la gente con miedo. Siempre que el río botaba muertos, llegaba detrás la paramilitar. A esa hora ya estábamos todos encerraditos (Crónica “Ángela” 2001, 44).

Estas transformaciones de las prácticas de una comunidad y los significados asociados a ellas se invisibilizan en las cifras y los datos de la información. La narración de la crónica “Ángela” tiene una intencionalidad que consiste en desnaturalizar la violencia y el terror en Colombia, nos instala en la pregunta ¿cómo es posible que suceda esto en dicha comunidad? En este sentido, una historia que narre las múltiples causas de la violencia colombiana, sin imponer

una sola verdad sobre la misma, los distintos actores involucrados y sobre todo las formas de resistencia y de significación de experiencias de las personas afectadas, es una historia que obliga al lector o lectora a volver a ella cada vez, o al menos a arreglárselas con el acontecimiento que acaba de presenciar, con las preguntas que suscita y con la movilización afectiva en que lo instalan. De allí que la crónica también constituya una forma de conocimiento e interpelación.

2.3. La crónica como forma de conocimiento e interpelación.

En las crónicas sobre la violencia en Colombia podemos identificar una “función *comunicativa/interpelativa* pues sus enunciados buscan sacudir al lector a partir de la urgencia del mensaje de una crisis [o situación] histórica. [Se trata de una] narrativa marcada por la necesidad comunicativa y la generación de una respuesta –más o menos marcada– en el lector” (Falbo 2007, 14). Planteo que esta función se sustenta en las anteriores por cuanto precisa de la generación de empatía en el lector o lectora para lograr la interpelación. A continuación, analizo dos crónicas de Molano para dar cuenta del género de la crónica como forma de conocimiento e interpelación.

2.3.1. “Los silencios”

En este sentido, una crónica que se denomine “Los silencios” y que muestre las causas fundamentales de la violencia a nivel de la complicidad institucional con los actores armados, el despojo violento, la degradación del conflicto en términos de la violación sistemática a los derechos y el derecho internacional humanitario, es una crónica que al denunciar estos hechos está combatiendo el silencio y realizando un llamado para una toma de conciencia y de posición frente al mismo.

La policía se había atrincherado en su cuartel y disparaba hacia el río, siendo que el traque-traque estaba para el centro del pueblo. Le dije a La Mona que se me hacía raro, no habiendo por este lado sino civiles. Cuando la guerrilla se toma el puesto –y lo había cogido por costumbre-, lo rodea y no deja respirar a la policía hasta que se rinde. Pero ahora los policías le apuntaban al río (Molano 2001, 52).

La crónica representa distintos tipos de silencio como el silencio cómplice de la fuerza pública y el Ejército que opera mancomunadamente con los paramilitares declarando como objetivo militar a la población civil, tal como lo vemos en el fragmento anterior. Así mismo, representa la impunidad estatal que guarda silencio respecto a crímenes cometidos por élites económicas o empresarios.

Yo digo ahora, sin querer ofender a nadie, que esos muertos nos salvaron a muchos la vida, porque casi todos los obreros desertamos de las bananeras para no volver a trabajar en ese infierno. Nunca se castigó a nadie por ese crimen, y los patronos siguieron sin que les doliera una muela (Molano 2001, 30).

La crónica también representa el silencio de las personas desplazadas que viven y en algunos casos padecen el desarraigo: “A pesar de mi trabajo y del consuelo que me daba, no encontraba mundo bajo mis pies, y cuando comencé a sentirme extraño conmigo le dije a La Mona que me iba” (Molano 2001, 68).

A partir de su heterogeneidad discursiva y de la oralidad como rasgo literario predominante, la crónica nos instala en el lugar de la identificación con el “el yo narrador” o los sujetos/objetos de las historias. Sujetos en tanto asistimos a sus formas de lucha y resistencia, y objetos en tanto son ubicados en el centro de la violencia misma a costa de su voluntad. Al asumir la voz de lxs campesinxs y retratar de forma realista su drama en la crónica opera una función de empatía y de generación de indignación en el lector, que a la vez es la indignación de los personajes. Es así como Molano nos instala cerca del lugar de las víctimas desde el cual nos conduce hacia las formas de resistencia y de lucha de los campesinxs ultrajados.

Sobre el cadáver de mi hermanito y en las soledades de Medellín, me había jurado dedicar el resto de mis días a trabajar por la comunidad. Y no fue sino desembarcar en Pinillos para que ahí mismo saliera a buscar a la Organización Campesina del Bajo Cauca, que la Iglesia había apoyado para defender nuestros derechos y luchar por el mejoramiento de nuestras condiciones. El principal problema seguía siendo la ambición que los madereros y ganaderos mantenían sobre las tierras. El atropello era el pan diario: compra barata de madera, compra barata de mejoras y al final, jornales regalados y desempleo (Molano 2001, 69).

Si bien el lugar de enunciación del campesino que narra la historia se limita a dar cuenta de los hechos y de la forma en que a nivel individual tramita experiencias de injusticia e impunidad estatal, la crónica al representar el

desarraigo y la responsabilidad estatal en la impunidad y el despojo violento, trasciende lo local para dar cuenta de lógicas de poder que es necesario denunciar y evidenciar. En este sentido, las crónicas de Molano configuran la función comunicativa e interpelativa en tanto que denuncian hechos y situaciones de injusticia y a la vez nos confronta con la impotencia o la resistencia de las personas que padecen dichos hechos. De allí que la crónica cumpla funciones de denuncia, sensibilización, investigación de elementos para pensar la realidad social del país y a la vez contribuya a la generación de una toma de posición en el lector por medio de una narrativa de la resistencia. Tal como lo plantea Osorio (2014):

El mediador, el narrador y los demás personajes persiguen un objetivo más o menos visible y desean transformar el contexto al que pertenecen. En primer lugar, pretenden dar a conocer y denunciar una serie de situaciones de exclusión, desigualdad, opresión y violencia ignoradas, consideradas como inexistentes. En segundo lugar, encontrar soluciones a estas situaciones es esencial. El mediador, los testigos y los demás personajes simplemente pueden hacer una observación de las injusticias, los desequilibrios y las exacciones que observan o experimentan: le queda al lector imaginar los remedios. Sin embargo, las diversas instancias narrativas pueden sugerir, más o menos explícitamente, soluciones a los hechos observados, sufridos y denunciados (59).

Es por esto que las crónicas constituyen “actos de habla” performativos que “provocan transformaciones en un nivel extralingüístico” (Austin citado por Osorio 2014, 65) en la medida en que a través de sus historias transforman un estado de cosas y crean un tipo de realidad particular. En “Los silencios” Molano configuran una realidad en la que prevalece la lucha y la resistencia de las víctimas, cambiando el estado de cosas en el que la violencia se naturaliza y las víctimas asumen un lugar de pasividad. El efecto performativo de la crónica consiste en sacar a las “víctimas” de su lugar de víctimas y mostrarlas como personas que resisten y persisten a pesar de la guerra. Al constituir narrativas de la violencia contra el poder de los actores del conflicto, las crónicas nos interpelan en la medida en que hacen un llamado a continuar oponiendo resistencia a la barbarie, tal como lo hacen sus personajes por medio de la errancia.

Yo sigo detrás de mi gente. Hemos resuelto dejar de huir y decidimos resistir. Sin armas, sin sed de venganza, pero sin perder lo que nos une a todos, que es esta tierra que entre todos trabajamos y entre todos hicimos. Vivimos de noche, porque de día nos acogemos a la selva, donde hemos armado cambuches y construido un

pueblo debajo de los arboles; allí comemos en una olla común, donde cada uno echa lo que puede y saca lo que necesita para seguir viviendo y resistiendo esta racha de sangre que Dios nos puso en el camino. El brazo nos lo cortan, pero no lo daremos a torcer (Molano 2001, 71).

La representación de un discurso oral encaja muy bien con el propósito performativo e interpelativo en la medida en que “en el mundo de la oralidad, el habla no sólo sirve a la expresión, sino que también tiene el poder de transformar el mundo por sí mismo” (Ong citado por Osorio 2014). Desconozco hasta qué punto esta función de la oralidad en el sentido de Ong sea consciente en Molano, lo que sí me parece evidente es el efecto movilizador en el lector al que la oralidad que representa sirve.

Cabe mencionar que las crónicas de Molano no plantean lugares fijos de víctimas ni victimarios, al contrario, al evidenciar las causas estructurales y derivadas del conflicto como el problema agrario, el narcotráfico y la desigualdad social, las crónicas evidencian cómo todos los colombianos de “a pie” terminamos siendo víctimas del mismo. De allí que, las crónicas apunten a movilizar al lector a través de la indignación y la identificación con la lucha de las víctimas. De acuerdo con Molano:

La gente ha aprendido a resistir. La gente ha aprendido a burlar la represión, a organizarse y a pelear. Es evidente [...] En el Magdalena Medio hay comunidades que han resuelto no dejarse desplazar hacia las ciudades, sino mantenerse errantes, desplazadas pero errantes, sacándole el quite al enfrentamiento con los paramilitares, pero resistiendo a la destrucción de sus vínculos sociales y de los vínculos comunitarios. Es una forma nueva de resistencia que poco conocemos nosotros, pero los abuelos nuestros, los que estuvieron en la violencia de los años cincuenta lo hacían también, huían, pero huían hacia el campo, hacia el monte, y volvían nuevamente cuando el ejército y la chulavita se iban. (Diálogo con Molano en Instituto Universitario de Medellín después de su exilio 2003).

Por otra parte, también podemos decir que las crónicas constituyen un tipo de enunciado parresiástico en la medida en que, en el acto de investigar, entrevistar, recorrer el país, construir y publicar las crónicas en el contexto del conflicto armado, Molano enuncia su verdad sobre el conflicto aun poniéndose en riesgo con ello. “Tal como lo plantea Foucault, el ‘enunciado parresiástico’ se daba muchas veces en ocasiones límites, en donde el polites tomaba la palabra y decía

la verdad frente al tirano, aunque esta verdad enunciada implicara perder la vida” (Zamorano 2013).

Mis artículos se hicieron muy críticos, en particular contra los paramilitares, que crecían masacrando campesinxs, incendiando pueblos y asesinando selectivamente defensores de derechos humanos, crímenes cometidos todos en la más absoluta impunidad. Comencé entonces a recibir amenazas...Me di cuenta de la gravedad de la situación y de que había tocado fibras muy sensibles. Mis enemigos me leían con atención y sentí que trazaban un límite. Lo ignoré, y con dificultades continúe viajando por el país, oyendo a la gente, conociendo sus problemas, que ya comenzaban a convertirse en tragedias, sobre todo en el caso del –hasta entonces- millón de campesinxs desplazados por el terror” (Molano 2001, 18.)

De allí que, construidas a partir de una sensibilidad crítica, de la indignación respecto a la tragedia de la violencia y de una posición política, las crónicas de Molano constituyan narrativas de la violencia que asumen una función narrativa e interpelativa desde la afirmación de la vida y la resistencia sobre la muerte. Las crónicas llaman a combatir el miedo y el silencio denunciando los hechos que impiden el ejercicio de la democracia y la oposición civil en Colombia, tal como lo plantea el autor: “Escribí una columna donde, a pesar del miedo, dije: ‘Llegó el momento de aclararle al país cuáles son los vínculos entre el establecimiento, el Estado y los paramilitares, y de entrar a saco contra todo lo que ha impedido el ejercicio de la democracia y de la oposición civil’” (Molano 2001, 19).

2.3.2. “La derrota”

No obstante, las crónicas también representan derrotas frente al sistema político y económico colombiano. Es así como “La derrota” constituye un ejemplo de la impotencia que vive la gente ante la precarización de la vida en todas sus formas, auspiciada por la omisión del Estado o por su complicidad. Representa la historia de violencia padecida por cuatro amigos que optan por vivir en un lugar de la costa pacífica colombiana denominado La Boca del Cajambre, zona caracterizada por ser habitada por comunidades negras y por el aparente abandono estatal. En lugares como La Boca del Cajambre, el Estado es meramente simbólico, representado a nivel de sus leyes y restricciones que tienen poca

efectividad. De allí que, la crónica representa cómo en esta zona se explota de manera ilegal el manglar con la complicidad institucional.

La Boca del Cajambre es un puerto escondido en un manglar de la costa pacífica colombiana. O mejor, en lo que el negro Bonifacio Mosquera ha dejado del manglar, porque el hombre ha levantado familia, comprado panga, construido casa e instalado aserrío a punta de venderles “palos prohibidos por la ley”, como los del mangle, a don Enrique Ortiz, un comerciante que compra la madera que sea para vendérsela a su vez a Cartones Colombianos (Crónica La Derrota 2001, 27).

En la crónica vemos que La Boca del Cajambre no cuenta con un puesto de salud, ni de Policía, ni Iglesia, ya que, para acceder a sus servicios, los pobladores deben desplazarse al pueblo más cercano: Puerto Caraña, tal como lo tuvo que hacer María José cuando fue a solicitar ayuda para socorrer el cuerpo de Aníbal.

María José y su compañero salieron corriendo a la casa de Aníbal. Tal cual: botado sobre el piso y en medio de un mar de sangre. Las moscas revoloteaban sobre el cadáver. Ella salió corriendo, y corriendo llegó al pueblo más cercano, Puerto caraña, a pedir ayuda. Fue directamente a la estación de policía y el comandante le dijo con toda tranquilidad:

-Ya sabemos, pero tenemos orden de no abandonar el puesto. Traigan al viejo y aquí le hacemos el levantamiento (Molano 2001, 33).

Sin embargo, vemos que a pesar de no contar con estas instituciones en La Boca del Cajambre hace presencia una empresa maderera y grupos armados que disputan el territorio. De lo que la crónica (al igual que “Los silencios”) nos muestra cómo los pobladores de zonas como La Boca del Cajambre carecen de la completa satisfacción de sus necesidades básicas a nivel de salud, seguridad, trabajo digno. No obstante, vemos que paralelo a esto, prevalecen las dinámicas de extracción y explotación de recursos naturales y fuerza de trabajo. Lo que muestra, por un lado, la ausencia del Estado como garante de la protección de derechos fundamentales, y por otro, la grave situación de desigualdad social que crece a la par de la bonanza económica en estos territorios estratégicos. En este sentido, a la idea común y generalizada de que, en los territorios marginales de la geografía colombiana, como la costa pacífica, el Estado brilla por su ausencia se contraponen la hipótesis de una presencia/ ausencia del Estado que resulta

estratégica para integrar los recursos de estas zonas en una dinámica neoliberal del mercado. En otras palabras, el silencio o la supuesta ausencia del Estado es una forma en sí misma de intervenir. Podemos entonces, poner a dialogar la crónica de Molano con los planteamientos de Serje (2012), quien afirma que la “ausencia” del Estado es un mito que encubre las formas en que realmente el Estado hace presencia en zonas marginales como La Boca del Cajambre.

Se trata de un mito [...] que tiene una función social concreta y que, de hecho, funciona como una cortina de humo que oculta una serie de condiciones de estas regiones y sus pobladores, al mismo tiempo en que legitima y encubre una línea bastante clara de prácticas e intervenciones para anexarlos a los circuitos de la economía capitalista mundial (Ibid, 6).

La ausencia/presencia del Estado permite que éste no haga presencia para garantizar los derechos de las poblaciones, pero sí para otorgar licencias mineras y títulos para proyectos agroindustriales, tal como lo vemos en la actualidad en muchas regiones de Latinoamérica. De allí que no se adecue el territorio en relación con las necesidades locales o regionales de las comunidades, si no que se le adecúe para “eliminar los obstáculos que la geografía salvaje opone a su exportación comercial” (Serje 2012), lo que constituye una apropiación del territorio en nombre de su explotación.

Efectivamente, al mirar la historia de las avanzadas del progreso y de la frontera agrícola, resulta imposible afirmar que el Estado no ha estado presente para impulsar el desarrollo económico en estas regiones; al contrario, en las regiones caracterizadas por la “ausencia del Estado” se han implementado una serie de agresivas iniciativas de desarrollo que se estructuran con la lógica del capitalismo salvaje y se fundan en el principio de tierra arrasada que permite maximizar la rápida obtención de utilidades (Serje 2012, 14).

Como hemos visto en “La derrota” se representa la ausencia de instituciones relacionadas con las necesidades básicas de la comunidad, pero también se representa la presencia de empresas agroindustriales que devastan el territorio. Situación contra la cual los personajes de la crónica no pueden hacer mucho, puesto que tal situación tiene como consecuencia que los actores armados como la guerrilla, los paramilitares y las empresas regulen las dinámicas de la población, la extracción y acumulación de recursos, en otras palabras, que hagan las veces de Estado.

[...] hasta que una tarde María José vio desembarcar a unos hombres con armas. -Tan raro –se dijo-. El Ejército por acá en estas lejanías- y llamó a Ramón. Eran quince hombres y quince mujeres. Al rato llegaron al tambo, y se presentaron como guerrilleros. Anunciaron que los iban a ver más seguido por la región, y aclararon con severidad que lo único que no permitían eran los sapos (Molano 2001, 31).

-En cuanto a usted, hijueputica, no le hago nada para que vaya a avisar; no quiero que las moscas se los coman juntos y que no se sepa que el teniente Aguirre, del Escuadrón de la Muerte, anda por estos lados limpiando la región de la guerrilla. Le dio un puño, lo tiró al suelo y le soltó un par de culatazos en las costillas. Diego, sin moverse del miedo esperó al amanecer (Ibíd. 33).

La crónica reafirma lo planteado por autores como Oslender (2004) cuando refiere que en el pacífico colombiano “las comunidades locales están atrapadas entre los actores violentos y, peor aún, abandonadas por un Estado débil sin capacidad ni voluntad de protegerlas” (37). Así mismo, muestra cómo en la zona coexisten de manera cómplice dinámicas extractivistas de explotación natural y humana, con poderes políticos, militares, de guerrilla y paramilitares. El silencio, omisión y consentimiento de instituciones estatales como la policía, el ejército y los políticos, posibilitan que el control de la población y del territorio en manos de estos grupos armados beneficie los intereses económicos de las empresas y políticos que hacen presencia en dichas zonas. En este sentido, “La Derrota” nos permite reconocer, por un lado, la débil presencia estatal a nivel de garantía de derechos fundamentales, razón por la cual el Estado se constituye por “las visiones, las prácticas y los intereses de grupos particulares” (Ibid, 8), como la guerrilla, los paramilitares, los políticos, los ganaderos, empresarios y narcotraficantes. Y, por otro lado, nos permite reconocer cómo “intereses económicos poderosos [como el corte y comercio de mangle] están detrás de las avanzadas de grupos paramilitares en la zona [lo que tiene como consecuencia] que las comunidades sean cooptadas o, más frecuentemente, amenazadas, desplazadas [y derrotadas] (Oslender 2008, 37). Tal como lo vemos en la crónica de Molano en la cual el miedo y el terror paramilitar tiene como consecuencia el silencio y encierro de la gente de la comunidad y el destierro forzado de María José y su grupo de amigos.

Desconsolada comenzó a caminar sin saber hacia dónde. Por detrás de las puertas y ventanas, sin dejarse ver, la gente le preguntaba:
 - ¿Fue verdad? ¿Cómo quedó el finadito? ¿Cuántos tiros le metiero? ¿Era novio de la “compañera”? (Crónica La Derrota 2001, 34).

Anoche llegó de Cali y no ha dejado de llorar. Ahí está, a mi lado, mientras escribo (ibíd.).

Ahora bien, “¿hasta dónde el cronista puede iluminar el mundo que retrata?” (Villanueva Chang 2012). A partir de lo anterior podemos decir que las crónicas evidencian un tipo de escritura que interviene e interroga sobre los móviles y consecuencias del conflicto, permitiéndole al lector “[conocer o reubicar hechos y situaciones, ser informado y a la vez obtener] nuevas posibilidades de interpretación a través de la estructuración de la materia narrativa” (Figueroa 2004, 105). Es así como Molano traduce el caos del conflicto en Colombia a través de historias que van más allá del entretenimiento y de la mera información, puesto que sus crónicas traducen los hechos y datos concretos en conocimiento y al hacerlo plantean aspectos del conflicto que movilizan afectivamente al espectador.

En tiempos de mayor inseguridad y confusión, una crónica ya no es tanto un modo literario y entretenido de “enterarse” de los hechos, sino que sobretodo es una forma de “conocer” el mundo. Cuando se propone ir más allá de la narración y adquiere un vuelo ensayístico, una crónica es también una forma de conocimiento. No un conocimiento científico sino uno en el que los hechos conviven con la duda y la incertidumbre [...] Un cronista narra una historia de verdad sin traicionar el rigor de verificar los hechos, pero con el fin de descubrir a través de esa historia síntomas sociales de su época (Villanueva Chang 2012, 591).

En un contexto como el colombiano en que se tiende a la saturación, banalización y manipulación de la información por parte de los medios oficiales de comunicación, las crónicas descubren, conocen, [recrean la otredad] y crean una mirada del mundo (Caparrós 2012), que no corresponde con la versión oficial del conflicto. En este sentido, las crónicas devuelven la comprensión o por lo menos iluminan aspectos de la violencia en Colombia que, dada su complejidad, resultan confusos, desconocidos, velados o tergiversados. De allí que Molano trabaja “con información que se sabe y que se ignora, pero en ambos casos que *no* se entiende” (Villanueva Chang 2012, 585). Es así como sus crónicas ofrecen al lector otras miradas posibles sobre la realidad del conflicto vistas aparentemente

desde la perspectiva de quienes lo viven directamente. En este sentido constituyen otras formas de conocimiento e interpretación sobre el mismo.

Capítulo tres

La degradación del conflicto armado en Colombia

¿De qué manera me interpelan las crónicas? Es la pregunta que guía este capítulo, en tanto acoge los cuestionamientos que me suscitaron las crónicas en relación con aspectos puntuales del conflicto armado colombiano que dan cuenta de la degradación del mismo. Es así como inicialmente retomo la pregunta de Judith Butler (2006) ¿qué vidas merecen ser lloradas? en relación con la crónica “La derrota” de Alfredo Molano. Posteriormente abordo la pregunta por la “génesis” de la violencia humana y las formas de precarización de la vida en relación con la crónica “Ángela” del mismo autor y finalmente realizo una reflexión sobre el horror y la barbarie representados en la crónica “El pueblo que sobrevivió a una masacre amenizada con gaitas” del escritor Alberto Salcedo Ramos. Retomo a este último autor con el propósito de dilucidar otro alcance del género de la crónica como memorias sobre la violencia en Colombia, además del ya establecido anteriormente en relación con las crónicas de Molano, como formas de conocimiento e interpelación.

3.1. “La derrota”: ¿Qué vidas merecen ser lloradas?

“La derrota” además de mostrar la conveniente presencia/ausencia estatal en zonas marginales de la geografía colombiana, tal como lo vimos en el capítulo segundo, evidencia un hecho digno de analizar por su cuestionamiento de algunos de los principios que delimitan la ontología humana. Se trata de la imposibilidad que viven los personajes María José y sus amigos para velar y enterrar el cuerpo de Aníbal de una forma convencional.

Llorando llegó donde el cura

-señora –le respondió éste-, no puedo albergar muertos de esos en la iglesia. Además, usted debe saber, hoy llegan los Reyes Magos.

Desconsolada comenzó a caminar sin saber hacia dónde. Por detrás de las puertas y ventanas, la gente le preguntaba:

- ¿Fue verdad? ¿Cómo quedó el finadito? ¿Cuántos tiros le metieron? ¿era novio de la “compañera”? (Molano 2001, 34).

Aníbal fue asesinado por lo paramilitares y su cuerpo termina siendo velado por los tres amigos en un bar a oscuras, metido en un bote y arrojado al mar, al son de los cantos de Celestino, el “loco del pueblo”.

En la tarde llegaron Ramón y Diego con el muerto a cuestras. Nadie quería prestar la casa para velarlo y no encontraron un solo cajón en el pueblo; terminaron poniéndolo sobre la mesa de billar de un bar que se llamaba el As de Copas. Celestino le cantó los alabados a oscuras, durante toda la noche, mientras Diego y Ramón se emborrachaban. Cuando amaneció, lo arrastraron como pudieron, lo metieron en un bote y, mar adentro, lo botaron al agua. En el muelle María José dejó a Celestino cantándole los últimos alabados y, sin voltear a mirar a Ramón, cogió camino (Molano 2001, 17).

Esta situación evidencia cómo el conflicto armado a partir de la intimidación y el terror, socava la dimensión ontológica y cultural de lo que significa ser humano en nuestra cultura occidentalizada. La gente del pueblo y la fuerza pública se declaran impedidos para socorrer el cuerpo y brindar ayuda a sus amigos, de lo que el cuerpo de Aníbal deviene en un cuerpo irreconocible social e institucionalmente: no se reconoce a nivel jurídico, como una muerte digna de ser investigada, y tampoco a nivel moral, como un cuerpo merecedor de duelo. En este sentido, la crónica parece mostrar lo que Butler (2006) refiere sobre la distribución diferencial de la vulnerabilidad física de lo humano en el mundo:

[...] nuestras vidas se sostienen y se mantienen de forma diferencial, ya que existen formas radicalmente diferentes de distribución de la vulnerabilidad física de lo humano en el mundo. Algunas vidas estarán muy protegidas y sus exigencias de inviolabilidad bastarán para movilizar a las fuerzas de la guerra. Otras vidas no tendrán un amparo tan rápido ni tan furioso, y ni tan sólo serán consideradas como merecedoras del duelo [...] (45).

“¿Qué parámetros culturales de la noción de lo humano están actuando [en el caso de Aníbal]? ¿Y de qué modo estos parámetros que aceptamos como el marco cultural de lo humano limitan la magnitud [del] reconocimiento de una pérdida?” (Ibid.), en otras palabras ¿qué clase de muerto es Aníbal? ¿y por qué su cuerpo no es digno de duelo? De acuerdo con Giorgi (2014) “no todo cuerpo o vida humana se corresponde con una persona; la persona se constituye, precisamente, a partir de su relación con cuerpos que son no-personas [...] (los locos, los anormales, los niños, los enfermos, los inmigrantes ilegales etc.)” (24)

y en este caso podríamos añadir los guerrilleros. En este sentido en la muerte de Aníbal impera su categorización como “no- persona”, por parte de los paramilitares y fuerza pública, al vincularlo con las guerrillas.

Ahora bien, vale la pena hacer una digresión sobre la precarización de la vida que tiene relación con la división entre personas y no personas y la responsabilidad estatal en la producción de estas vidas precarias que representan las crónicas de Molano. La subjetividad o la categoría de persona tiene lugar a partir de la relación con un otro, que también puede ser a nivel estatal o institucional, el cual nos reconoce y nos legitima como sujetos. En este sentido, “nuestras propias vidas y la persistencia de nuestro deseo dependen de que haya normas de reconocimiento que produzcan y sostengan nuestra viabilidad como humanos” (Butler 2006, 58). De lo que, podríamos decir que la “ausencia” del Estado en zonas como La Boca del Cajambre y Pinillos, cuyos pobladores no cuentan con la garantía de sus derechos básicos (acceso a la justicia, salud, trabajo), tal como lo mencioné en capítulos anteriores, se traduce en una falta de reconocimiento de estos cuerpos, que no los hace seres posibles, ni sus vidas habitables. En este sentido, vale la pena retomar “Los silencios”, crónica en la que resulta interesante ver cómo a pesar de esta precarización de la vida los pobladores de Pinillos se organizan para suplir la deficiencia estatal y cómo a pesar de ésta, persisten.

Las conversas con el cura Javier fueron resultando en reuniones con la comunidad, y las reuniones con la comunidad fueron resultando en obras para la comunidad. Organizamos juntas de acción comunal, bazares y talleres, y a mí me fue gustando esa vida. A La Mona también, y hasta más que a mí, porque se volvió promotora de salud y así conoció todos los ríos, todos los caminos, todas las familias. Se los sabía de memoria. Yo la acompañaba de vez en cuando porque me gustaba mirarla tan dedicada a su gente. Y la gente nos fue cogiendo cariño (Molano 2001, 64).

En otra crónica denominada “Ángela”, se representa a Nechí un pueblo del bajo cauca antioqueño, que constituye un enclave económico por su ubicación geográfica y estratégica para la comercialización y consolidación de cultivos ilícitos, como un pueblo en el que las vidas de las personas que lo habitan devienen en vidas precarias en el sentido de que se agudiza su vulnerabilidad a “la desposesión, a la pobreza, a la inseguridad y al daño” (Butler 2006). Es así que la

condición de precariedad ocasionada por la ausencia estatal, en Nechí se traduce en la deficiente infraestructura vial, pocas oportunidades de trabajo, ausencia de la fuerza pública y falta de acceso a la salud y la educación. “Cuando no estábamos estudiando, que era casi siempre, porque la maestra se negó a volver si no le pagaban, nos íbamos para la playa del río” [...] “En Nechí nunca usé zapatos y andaba a pie limpio como mis hermanos, mis primos y casi todo el pueblo. No los necesitábamos, porque allá lo que no es arena es barro; ni siquiera los necesité una vez que me salieron vejigas por debajo y los pies se me pusieron blanditos” (Molano 2001, 39).

Por su parte, en “La derrota” vemos como María José debe desplazarse de un pueblo a otro para acceder a una estación de policía o incluso a una iglesia. De allí que estos territorios y sus pobladores constituyan seres no reconocidos por el orden institucional. Tal como lo plantea Butler (2006) “si no somos reconocibles entonces no es posible mantener nuestro propio ser y no somos seres posibles” (55). Como vimos en relación con “La Derrota” esta “ausencia” estatal posibilita que los actores armados se apropien del territorio haciendo las veces del Estado, y en muchas ocasiones con la complicidad de mismo. De lo que la inseguridad de la población en el marco de la pugna por el territorio entre los actores armados también complejiza su condición precaria, en tanto que están sujetos al uso del terror paramilitar y la intimidación contra la población civil como forma de control del territorio, lo que tiene como consecuencia inmediata la estigmatización, deshumanización y el desplazamiento forzado de la población por parte de los actores armados con fines económicos, tal como lo representa las crónicas al mostrar el desplazamiento forzado de María José, la familia de Ángela y los pobladores de Pinillos.

Si consideramos que “persona plena será aquella que tiene control sobre su propio cuerpo, quien se declara “dueña” de su cuerpo y capaz de someter y de conducir su “parte animal” (Giorgi 2014, 24), las crónicas de Molano nos muestran que los pobladores de zonas como Pinillos, La Boca del Cajambre, Nechí no tienen control sobre sus propios cuerpos y vidas y que, por el contrario, están sumamente atemorizados. De lo que el terror y el horror de la guerra surte sobre ellos un efecto despersonalizador, volviéndoles no-personas. En efecto, los pobladores de La Boca del Cajambre, en el caso de “La Derrota”, no tienen vidas habitables o dignas en tanto están sometidos a la voluntad de otros, (paramilitares, guerrilla,

empresarios, narcotraficantes, fuerza pública) quienes les hacen vivir y dejan morir en función de sus intereses particulares.

Extrapolando el caso de Aníbal a poblaciones o regiones, la crónica nos muestra cómo en Colombia opera con mayor fuerza esa distribución diferencial de la vulnerabilidad humana de la que nos habla Butler (2006). Podemos inferir, que existen poblaciones que se califican como humanas –quizá aquellas con mayor presencia estatal en términos de derechos básicos- y otras que no, como las de Pinillos, Nechí y La Boca del Cajambre representadas por las crónicas, de modo que la vida en estos territorios se organiza en un “juego biopolítico [...] arbitrario e inestable, entre persona y no-persona, entre vidas reconocibles y legibles socialmente, y vidas opacas al orden jurídico [y estatal] de la comunidad” (Giorgi 2014, 30).

En consecuencia, a partir de “La derrota” y de la categorización de Aníbal como no-persona, podemos decir que los paramilitares, el Estado representado en la fuerza pública y sus políticos y los empresarios del mangle, ejercen una biopolítica de los cuerpos que habitan el territorio, al regular las formas de vivir y morir e imponer un “hacer vivir” y un “dejar morir” en función de la división entre personas y no personas Giorgi (2014). División que se hace en función de los intereses particulares de los actores del conflicto y su ambición por acumular capital. En este sentido, no es gratuito el simbolismo que sugiere las cruces de mangle que hace Celestino el “loco” del pueblo y que nos remite a la idea de que el pueblo termina siendo crucificado en nombre de una dinámica económica que devasta los cuerpos y el territorio con la complicidad institucional. “Al rato encontró a Celestino, el loco del pueblo, un hombre que hace crucifijos en madera de mangle para los “arrepentidos” y construye altares en las esquinas “para lavar el aire”. En cuanto la vio, le dijo: -Niña, yo voy a cantarle los alabados al señor don Aníbal” (Molano 2001).

Finalmente vemos que los tres amigxs terminan en el muelle despidiendo a Aníbal junto al “loco del pueblo”; se trata de una escena que los muestra solos, del lado de lo abyecto, lo cual refuerza la idea de derrota frente a un estado de cosas que legitima la barbarie y la guerra en nombre de la acumulación y explotación de los recursos. No obstante, quienes aparentemente representan lo abyecto, son quienes más conscientes son de la devastación y barbarie de la guerra por contraste con las acciones que realizan las instituciones que se consideran

legítimas, como la fuerza pública y la iglesia, que guardan silencio y omisión frente a la explotación del mangle y la muerte de Aníbal. En este sentido, así la crónica represente en mayor medida la derrota de los personajes, muestra también la resistencia y oposición a través de la conciencia movilizadora de los mismos, lo que afianza la idea de que las crónicas cumplen la función narrativa de realizar un llamado de conciencia y toma de posición en el lector.

3.2. “Ángela”: De una violencia “monstruosa” a una violencia humana

Para poder reconciliarnos con la historia, tendríamos que saber reconocer que también los verdugos y no solo sus víctimas nos conciernen en cuanto representación en nuestra común ‘condición humana.
(Murgueza citado por Nieto y Botero 2011, 16)

Ángela es el personaje principal de la crónica cuya voz estructura todo el relato. Se trata de una niña de 10 años quien cuenta su experiencia de desplazamiento forzado y la de su familia a causa de la violencia paramilitar. A partir de esta crónica quisiera aproximarme al cuestionamiento de la idea de violencia como un hecho inhumano, patológico o irracional.

La RAE define el término “Barbarie” como: “Del lat. barbaries. 1. f. Falta de cultura o civilidad. 2. f. Fiereza, crueldad”. A partir de “Ángela” podemos deconstruir la primera definición y establecer cómo la violencia o la barbarie no está por fuera de la cultura, sino todo lo contrario, es un hecho eminentemente cultural y parte constitutiva de lo humano. En este sentido, un hecho muy puntual que me interesa analizar con relación con la barbarie tiene que ver con la analogía que realiza Ángela entre la forma de matar a las tortugas galápagos para alimento (animal que está en peligro de extinción) y la forma en que los paramilitares realizan masacres y homicidios. Transcribo los fragmentos de la crónica que dan cuenta de esta analogía:

Yo ayudaba a jalarle la cabeza y las patas. Esa tortuga no se puede matar sino estando viva, porque si uno le da un garrotazo sin haberle quitado la concha, el animalito se encoge y esconde toda la carne. Entonces hay que ponerla con la barriga para arriba y empezar a despegar con un cuchillo la cusca, hasta que se le puede quitar. El animalito queda como un pájaro recién nacido, arrugado y sin saber para dónde coger, aunque ella es desvergonzada y sigue viva [...] Tocaba

ir sacándole las patas, irle arrancando las presas, todavía viva, hasta cortar ya lo último, que era la cabeza. Nos la comíamos guisada, como a todos nos gustaba, porque así uno podía distinguir las partes” (Molano 2001, 44).

 Mi mamá empezó a llorar y a decir que nos iban a matar y entonces yo salí corriendo a contar mis pollos, que todos estuvieran completos, pero todos estaban muertos, ahogados entre la lata: los había tapado demasiado bien para que las ratas no se los comieran. Mi papá los miró entre el tarro y le dijo a mi mamá que le estaba dando miedo que nos pasara lo mismo. Él se mantenía ya asustado desde la noche que se fue la luz y que un muchacho joven apareció muerto en el centro el pueblo. Mi papá contó que le habían cortado la lengua con un cuchillo. Que le habían quitado pedacitos de los dedos, igualito a como hacíamos nosotros con las tortugas, pero consoló a mi mamá diciéndole que ese era el último muerto que podía dejar la paramilitar, porque la autoridad les había prohibido matar dentro del pueblo” (Ibíd. 45).

Ante los fragmentos anteriores se abre paso la pregunta por las condiciones que posibilitan esas formas de violencia ejercidas sobre seres humanos y animales y por los mecanismos que las potencian. Sobre los casos de violencia de los grupos armados es común escuchar en los medios de comunicación que se trata de un tipo de violencia inhumana y sádica, supuestos que ubican la violencia por fuera de lo humano, en el plano de lo irracional y patológico. Lo cual se corresponde con una concepción de la violencia como “expresión de lo primitivo, de lo bestial, de lo natural no domeñado por la cultura” (Sampson 2005, 66).

No obstante, en la crónica vemos que tanto la muerte de la tortuga como el terror y el control ejercido por los paramilitares obedecen a violencias muy racionales y sobretodo ancladas a lo humano, por lo que me parece importante analizar y cuestionar estos supuestos. Los fragmentos de la crónica citados anteriormente, por un lado, ubican a los seres humanos como seres en peligro de extinción (al igual que las tortugas galápagos) por la violencia desproporcionada que se comete en territorios como Nechí, es como si la crónica dijera que somos una especie que está acabando consigo misma; y, por otro lado, muestran que el procedimiento para matar tortugas y seres humanos obedece a un procedimiento muy racional y naturalizado en los ejecutores del mismo. ¿A qué se debe pues que el ejercicio de matar tanto a animales como a seres humanos, realizado de una manera tan abrumadora, devenga en un procedimiento tan natural y racional a la vez?

De acuerdo con René Girard (1995) estudioso de la violencia en las sociedades “primitivas”⁷ y contemporáneas, la violencia es constitutiva de lo humano, por cuanto tiene lugar a partir del deseo mimético. La subjetividad se construye a partir de una relación triangular entre el sujeto (rival), el objeto y el modelo (rival) que implica el conflicto. “El sujeto desea el objeto no por la convergencia de los deseos sobre el objeto, sino porque el propio rival lo desea” (152). Al desear “tal” objeto, el rival designa al sujeto como deseante y es esta designación la que constituye la base de la subjetividad y a la vez la base de la rivalidad, por cuanto el rival es el modelo del sujeto en el plano esencial del deseo.

Cada vez que el discípulo cree tener el ser delante de sí, se esfuerza en alcanzarlo deseando lo que el otro le señala; y encuentra cada vez la violencia del deseo adverso. Por una reducción a la vez lógica y demencial, debe convencerse rápidamente de que la propia violencia es el signo más seguro del ser que siempre le elude. A partir de entonces, la violencia y el deseo van mutuamente unidos. El sujeto no puede sufrir la primera sin sentir despertarse el segundo (Ibid, 155).

Así pues, el deseo y la violencia son constitutivos de lo humano y tienen lugar a partir de la relación con un otro que deviene en modelo y rival a la vez. En este sentido, de acuerdo con Girard, la violencia nunca se sofocaría totalmente. Así que, establecida la relación entre violencia y subjetividad, podemos cuestionar la idea de la violencia como inhumana. Ahora bien, cierto tipo de violencia, como la paramilitar o la violencia de la guerra, no tiene nada de irracional y patológico. Si lo tuviera “¿cómo puede ser que el animal racional por excelencia sea justamente el más sanguinario? ¿cómo puede poner su racionalidad al servicio de la destrucción masiva que amenaza hasta con la aniquilación de toda cultura humana?” (Sampson 2005, 67). De acuerdo con Sampson (2005) el holocausto nazi es un claro ejemplo de la relación entre racionalidad, cultura y violencia en el sentido de que existieron –y existen- determinadas condiciones sociales, ligadas a la racionalidad instrumental de la modernidad, que lo hicieron posible.

⁷ Adjetivo usado por el autor a lo largo de sus textos, el cual me resulta muy cuestionable, puesto que el término en sí mismo porta una valoración negativa y peyorativa. Me parece que Girard lo usa para subrayar otro tipo de racionalidad diferente a la occidental y no obstante termina estableciendo una comparación en términos de “mejor” y “más eficaz” saliendo bien airada la racionalidad occidental.

El exterminio sistemático y planificado fue la manifestación de las posibilidades latentes de la modernidad que consiste en un crecimiento cada vez mayor de la violencia militar y el uso ilimitado de la coacción mediante sistemas administrativos burocráticos. En una palabra, la modernidad –el mundo racional de la civilización moderna- fue la condición necesaria para el genocidio [...] Es innegable: el exterminio no fue un escape irracional de aquellos residuos todavía no erradicados de la barbarie premoderna, aún no sometidos al “proceso de civilización”. Fue un producto legítimo y directo de la modernidad, de la aplicación de las normas de racionalidad instrumental (69-71).

De este modo, podemos establecer, en oposición a la definición de la RAE sobre la barbarie, el origen cultural de la violencia y su relación con la racionalidad moderna, la cual podemos remontar a nuestra herida colonial. Así pues, la violencia puede ser “eminente racional, programada, planificada, concertada, dirigida por seres desapasionados que calculan fríamente los procedimientos logísticos más económicos y eficaces” (Ibíd. 67), tal como lo refiere un sobreviviente a una masacre ocurrida en Colombia en 1997 muy similar a la masacre de El Salado sobre la que hablaré en el siguiente apartado:

Se trató de algo con tanta sevicia, con tantos cálculos para cometer una masacre, que esta gente aísla el pueblo por varios días y se dedica a observar. Para mí no había solamente allí vulgares matachines. Allí había gente que tenía un plan muy bien preconcebido y sabía lo que iba a hacer, porque aíslan el pueblo por varios días y después que identifican, de manera fría, comienzan a matar (citado por Uribe 2004, 86).

3.3. Vidas eliminables

Por otra parte, al establecer que la violencia es constitutiva de lo humano, también podemos decir que ésta supone una vulnerabilidad primordial, “una vulnerabilidad hacia el otro que es parte de la vida del cuerpo [y que] se exagera bajo ciertas condiciones sociales y políticas” (Butler 2006, 42). Es precisamente esa vulnerabilidad la que se instrumentaliza y socava en las incursiones de los paramilitares representadas en las crónicas sobre la violencia en Colombia, por ejemplo, en la crónica de Salcedo Ramos, “El pueblo que sobrevivió a una masacre amenizada con gaitas”, que tiene como tema central la masacre de El Salado ocurrida en el año 2000 en un corregimiento de la costa caribe colombiana.

[La masacre] Fue consumada por trescientos hombres armados que portaban brazaletes de las Autodefensas Unidas de Colombia (Auc). Los paramilitares comenzaron a acordonar el área desde el miércoles 16 de febrero de 2000. Mientras estrechaban el cerco sobre El Salado, asesinaban a los campesinos que transitaban inermes por las veredas. No los mataban a bala sino a golpes de martillo en la cabeza, para evitar ruidos que alertaran a los desprevenidos habitantes que se encontraban aún en el pueblo (Salcedo 2009, 321).

El Salado es un corregimiento de los Montes de María ubicado en el norte de Colombia que constituyó un enclave económico por su tradición tabacalera y su bonanza agrícola, lo que hizo que grupos armados y elites económicas disputaran el territorio. Condiciones políticas, sociales, económicas y militares⁸ contribuyeron a reforzar la vulnerabilidad de los habitantes de El Salado exponiéndolos a la violencia paramilitar. En este sentido, la indefensión y vulnerabilidad de los habitantes de El Salado que padecieron la masacre cobra mayor protagonismo en las acciones violentas, de sevicia y crueldad que llevaron a cabo los paramilitares frente a los habitantes del pueblo, quienes fueron “llevados como borregos de sacrificio hasta la cancha” para presenciar tales acciones.

Mi acompañante cuenta entonces que en este punto en el que estamos ahora, más o menos aquí, en la mitad de la cancha de fútbol, los paramilitares torturaron a Eduardo Novoa Alvis, la primera de sus víctimas. Le arrancaron las orejas con un cuchillo de carnicería y después le embutieron la cabeza en un costal. Lo apuñalaron en el vientre, le descerrajaron un tiro de fusil en la nuca. Al final para celebrar su muerte, hicieron sonar los tambores y gaitas que habían sustraído de la Casa de la Cultura (Salcedo 2009, 319).

Ante semejantes hechos tal vez la pregunta no es ¿dónde está dios? Si no ¿dónde está el [humano]? tal como se preguntaba Levi cuando escribía sobre el horror de la guerra (Mate 2008, citado por Nieto y Botero 2011, 26). En este sentido llama la atención la deshumanización que sufren las víctimas a manos de los paramilitares, quienes las ubican en una condición de animales para torturarlas y matarlas finalmente. Cabe entonces preguntarse sobre este mecanismo violento

⁸ Como la complicidad de la fuerza pública confesada por algunos paramilitares desmovilizados: De acuerdo con el CNMH (2009) la masacre fue perpetrada durante seis días por 450 paramilitares divididos en tres grupos, los cuales crearon un cerco sobre El Salado ocupando las vías (incluso montañas) que conducen al mismo, de modo que la población indefensa e inermes no tendría por donde escapar. El ex paramilitar “José Vicente Gamboa, alias “Pantera”, ha denunciado en sus versiones libres ante la Unidad de Justicia y Paz, que un grupo de 25 infantes de marina formó parte de la operación paramilitar en el corregimiento El Salado” (Ibíd.).

que opera en la acción paramilitar ¿qué lo fundamenta y qué otras finalidades tienen más allá de eliminar físicamente a un “otro - enemigo”?

De acuerdo con Girard (1995) “la violencia insatisfecha busca y acaba siempre por encontrar una víctima de recambio. Sustituye de repente la criatura que excitaba su furor por otra que carece de todo título especial para atraer las iras del violento, salvo el hecho de que es vulnerable y está al alcance de su mano” (10). Esto lo podemos ver en *Ángela*, la crónica anterior, en la que vemos cómo la familia de la niña mata tortugas galápagos como fuente de alimento. En este caso podríamos decir que las tortugas funcionan como objeto de recambio de esa violencia primordial constitutiva, que se dirige inicialmente hacia un otro (rival) por el cual nos subjetivamos.

Yo ayudaba a jalarle la cabeza y las patas. Esa tortuga no se puede matar sino estando viva, porque si uno le da un garrotazo sin haberle quitado la concha, el animalito se encoge y esconde toda la carne [...] Tocaba ir sacándole las patas, irle arrancando las presas, todavía viva, hasta cortar ya lo último, que era la cabeza. Nos la comíamos guisada, como a todos nos gustaba, porque así uno podía distinguir las partes” (Molano 2001, 44).

Si bien las conceptualizaciones de Girard (1995) permiten entender la violencia a nivel de la sociedad como un mecanismo inherente a lo humano y establecer la pregunta por cómo contener esa violencia primordial, dichas conceptualizaciones no nos permiten comprender del todo los procedimientos de matanza llevados a cabo por los paramilitares, los cuales evidencian esa violencia primordial que obtiene una efectiva satisfacción y además confirman la hipótesis de que somos una especie que está acabando consigo misma, tal como lo sugiere la crónica de Molano. A partir de las crónicas de Molano y Salcedo, vemos que las acciones violentas de los paramilitares deshumanizan a la víctima y que la ubican en la categoría de un animal al que resulta más “fácil” matar.

-¿A quién le toca el turno? –preguntó en tono burlón uno de los asesinos, mientras miraba a los aterrados espectadores.

El compañero que manejaba la lista le entregó el dato solicitado: Rosmira Torres Gamarra. Separaron a la señora del grupo, le amarraron el cuello a una soga y comenzaron a jalarla de un lado al otro, al tiempo que imitaban los gritos de monte característicos de la arriería de ganado en la región. La ahorcaron en medio un nuevo estrépito de tambores y gaitas. Luego ametrallaron, sucesivamente, a Pedro Torres Montes, a Marcos Caro Torres, a José Urueta Guzmán y un burro

vagabundo que tuvo la desgracia de asomar su hocico por aquel inesperado recodo del infierno (Salcedo 2009, 320).

En la cultura occidental el animal deviene en una vida sacrificable, fácilmente eliminable que legitima un tipo de violencia cuyo fin no es la muerte, sino la supervivencia. El animal sacrificable también funciona como una forma de contención de la violencia por medio del rito; en este sentido, las víctimas sacrificiales deben tener una característica fundamental, que es la de no contar con la posibilidad de una venganza, es decir, el rito debe garantizar que nadie vengará la muerte de la víctima (Girard 1995). De este modo se detiene el ciclo de la violencia al menos temporalmente, puesto que el rito sacrificial se realiza por medio de una violencia legítima que está llamada a garantizar nuevamente el orden. “El deseo de violencia se dirige a los prójimos, pero no puede satisfacerse sobre ellos sin provocar todo tipo de conflictos; conviene, pues, desviarlo hacia la víctima sacrificial, la única a la que se le puede herir sin peligro, pues no habría nadie para defender su causa” (Ibíd. 21).

Ahora bien, esta manera de considerar la vida animal como vida eliminable, tanto en la caza como en el rito sacrificial, parte de una oposición estructural en nuestra cultura, a saber: la oposición humana/animal que cumple la función de un ordenamiento ontológico y social. De acuerdo con Giorgi (2014):

[...] la cultura inscribió la vida animal y la ambivalencia entre humano/animal como vía para pensar los modos en que nuestras sociedades trazan distinciones entre *vidas a proteger* y *vidas a abandonar*, que es el eje fundamental de la biopolítica [...] esto es: cuáles son, para usar las palabras de Foucault, los cuerpos que se “hacen vivir” de una sociedad- y cuáles son los cuerpos y las vidas que se abandonan, que se reservan para la explotación, para la cosificación, o directamente para el abandono o la eliminación (de nuevo, para volver a Foucault, los cuerpos que son “empujados hacia la muerte”) (15).

De lo que la analogía de la muerte de las tortugas con los homicidios de los paramilitares en “Ángela” y la masacre de El Salado representada en la crónica de Salcedo, nos muestran de manera reveladora, el desplazamiento de esta oposición humano/animal, ya que las acciones violentas de los paramilitares difuminan tal diferencia. En este sentido, la oposición humana/animal es reemplazada por el

juego biopolítico en el que las vidas humanas pasan a ser objeto o “moneda de recambio” en el conflicto armado, deviniendo en vidas fácilmente eliminables.

Entonces, como al parecer, no quedaban más nombres pendientes en la lista, los paramilitares se inventaron un juego de azar perverso para prolongar la pesadilla: pusieron a los habitantes en fila para contarlos en voz alta. La persona a la cual le correspondiera el número treinta –advirtió uno de los verdugos- estiraría la pata. Así mataron a Hermides Cohen Redondo y a Enrique Medina Rico (Salcedo 2009, 321).

Como vemos, los paramilitares llevan a cabo un sorteo de la muerte que ya no precisa de la verificación de quién es o no guerrillero, ya que estigmatizan a toda la población civil como guerrillera y en ese sentido cualquiera deviene en una vida eliminable. Esta idea de vida eliminable puede entenderse mejor a la luz de la figura jurídica romana del *homo sacer* conceptualizada por Agamben y descrita por Giorgi (2014): “en tanto figura de aquel que puede ser matado sin cometer homicidio, se conecta con la muerte animal, y ese arco traza [...] el campo móvil siempre en disputa y en contestación, de la vida abandonable o expuesta, que es lo que se ilumina desde el animal” (Giorgi 2014, 24). Al mostrar cómo los paramilitares ubican las vidas humanas en la categoría de animal, la crónica de Salcedo nos permite pensar y cuestionar la biopolítica de los cuerpos que define qué vidas se hacen vivir y qué vidas se dejan morir (Giorgi 2014), en otras palabras, que las ubica en el campo de las vidas abandonables o expuestas que pueden eliminarse como si con ello no se cometiera homicidio alguno.

En este sentido, vemos que las vidas que se ponen en el centro de lo político -en su dimensión negativa-, aquellas que se hacen morir, que se abandonan, son justamente las que impiden u obstaculizan los objetivos económicos y políticos que respaldan los grupos paramilitares y en consecuencia se ubican dentro de la categoría de no- persona al estigmatizarlas como guerrilleros⁹, un discurso tanatopolítico que legitima sus muertes (Criscione 2011). De modo que podemos plantear que las crónicas de Molano y Salcedo nos muestran la existencia del *homo sacer* en el conflicto armado colombiano y quizá en un orden global a partir de la modernidad, tal como lo plantea Agamben:

⁹ Esta división entre persona y no- persona desarrollada por Esposito, la desarrollo con mayor profundidad en el apartado sobre la crónica “La Derrota” y las conceptualizaciones de Giorgi.

[...] esta figura del *homo sacer* se expande en la modernidad y se vuelve instrumento del “hacer vivir” foucultiano: describe la multiplicación y expansión del campo de decisiones sobre las vidas a proteger, las formas de vida reconocibles (bios) y las vidas a abandonar, las vidas cuyas muertes no constituyen delito, y que Agamben, decisivamente, asocia con *zoé*, con la vida sin cualificaciones, sin forma, que se superpone a la vida animal y vegetal. Agamben cruza esta genealogía con la cuestión animal: sobre el terreno de la *zoé*, la vida abandonada, la “nuda vita”, animales y humanos se enlazan a partir de distribuciones políticas. Parfraseo de la página (Giorgi 2014, 23).

El enlace de animales y humanos a partir de distribuciones políticas lo podemos ver reflejado en el siguiente fragmento de la crónica de Salcedo en el que vemos crudamente cómo los paramilitares convierten la cancha de El Salado en una “cloaca de matadero público”, en una carnicería de cuerpos humanos:

[Cuando los paramilitares se fueron] los lugareños corrieron en busca de sus muertos. El panorama con el cual se toparon era lo más horrendo que hubiesen visto jamás: la cancha que con tanto esfuerzo les habían construido a sus hijos cinco años atrás estaba convertida en una *cloaca de matadero público*: manchones de sangre seca, enjambres de moscas, atmosfera pestilente. Y, para rematar, los cerdos callejeros le caían a dentelladas a los cadáveres, corrompidos ya por el sol (Salcedo 2009, 322)¹⁰.

Las crónicas de Salcedo y Molano, al evidenciar el desplazamiento de la oposición humano/animal, y por ende las distribuciones políticas entre personas y no-personas enlazadas a la cuestión animal, permiten cuestionar esas distinciones al tiempo que denuncian “la complicidad [estatal] o la colaboración con los regímenes de violencia que dictan esas jerarquías al interior de lo viviente” (Giorgi 2014, 27). De allí que las crónicas permitan problematizar los modos en que se trazan las distinciones entre vidas a proteger y vidas a abandonar, al tiempo que establecer posición y rechazo frente a esa biopolítica de los cuerpos que opera en el marco del conflicto armado.

3.4. “El pueblo que sobrevivió a una masacre amenizada con gaitas”

Esta crónica fue publicada por el periodista y cronista colombiano Alberto Salcedo Ramos en el año 2009. En ella, el cronista representa la masacre de más

¹⁰ El subrayado es mío.

61 habitantes de la zona de El Salado, y sus alrededores, cometida con sevicia por los paramilitares, durante casi una semana, en febrero del año 2000. La crónica confronta y contradice la versión oficial que el Estado y los medios de comunicación dieron en ese momento, la cual refería la masacre como un hecho de dos días.

A diferencia de Molano, Salcedo Ramos se incluye en la crónica como interlocutor de los sobrevivientes y en ella vemos su voz diferenciada de las de los habitantes de El Salado que retornaron después de la masacre. Para Salcedo Ramos “escribir crónicas es una mixtura entre la visión personal del autor y los datos que hay que dar para que esa visión tenga un soporte”. En este sentido son los testimonios de los sobrevivientes y la interpretación del cronista los que dan lugar a la crónica y permiten conocer a través de ella lo sucedido durante y después de la masacre. Al visibilizar dichas voces, la crónica de El Salado tiene como función construir memoria sobre lo sucedido para que los hechos atroces que representa no se repitan.

La crónica construye memoria y vuelve visible lo invisible [...] tiene entre sus fines el construir memoria, el hacer que ciertos sucesos no pasen al olvido impunemente. En Colombia una víctima sólo es noticia mientras aparece una nueva víctima y como hay tantas víctimas los hechos se van volviendo desechables, pero cuando lo convertimos en historia y no es simple dato o registro coyuntural trasciende y se queda en el tiempo [...] Parte de lo que hacemos al contar historia es evitar que se nos olvide cierta parte de lo que somos. Y es importante recordar para que no se repita (ibíd.).

Así mismo, en la crónica podemos identificar algunas críticas que el cronista realiza sobre la degradación del conflicto armado colombiano a nivel de la banalización de la violencia en Colombia, el horror de la barbarie y el papel del Estado como opresor de la población civil. No obstante, a pesar de lo anterior, en la crónica triunfa la resistencia de las víctimas que persisten y resisten en medio del conflicto. A partir de esto, en este apartado me interesa realizar una reflexión, por un lado, sobre los mecanismos que están en la base del horror de la barbarie paramilitar y por otro, sobre la resistencia de las víctimas representada en la crónica, con el objetivo de establecer otro nivel del género de la crónica como forma de construcción de memorias sobre la violencia.

3.4.1. El horror de la barbarie

Por más que la crónica de Salcedo retrate fielmente lo ocurrido en la masacre de El Salado, resulta imposible imaginar lo que vivieron y sintieron las personas que la padecieron; el hecho mismo desborda toda inteligibilidad y siempre habrá algo que se escape a la palabra o dispositivo simbólico que represente un hecho atroz, tal vez por la condición misma de estar en “el lugar de” dirigido a un espectador que no vive directamente el hecho. La crónica de Salcedo nos permite pensar cómo la masacre representada y los crímenes sobretodo de los paramilitares, están dirigidos a ofender la dignidad ontológica del ser de los cuerpos que se eliminan y someten por medio del terror; ofensa que se realiza a nivel del cuerpo singular y a nivel del cuerpo social que presencia las torturas y las ejecuciones (Cavarero 2009).

En la lista, después de Novoa Alvis, seguía Nayibis Osorio. La arrastraron prendida por el pelo desde su casa hasta el templo, acusada de ser amante de un comandante guerrillero. Y a continuación, en el colmo de la sevicia, le clavaron en la vagina una de esas estacas filosas que utilizan los campesinxs para ensartar las hojas de tabaco antes de extenderlas al sol. (Salcedo 2015, 320).

La crónica nos muestra que los habitantes de El Salado fueron cercados por tres grupos paramilitares constituidos por más de trescientos miembros aproximadamente, lo que reforzó la vulnerabilidad e indefensión de los saladeños. Así mismo, a través de ella, vemos cómo fueron conducidos hasta la cancha del pueblo para presenciar la muerte de sus familiares y vecinos y en algunos casos vivir su propia muerte. No obstante, vemos que las acciones de ajusticiamiento que presenciaron los sobrevivientes no fueron sólo la eliminación ipso facto de un otro catalogado como “guerrillero/ no –persona”, sino que lo que presenciaron los habitantes del pueblo fueron acciones de tortura, intimidación y espectacularización del horror y el terror. En este sentido, lo que la crónica de Salcedo sobre la masacre de El Salado representa no son sólo crímenes referidos a la muerte misma, “no es la muerte, y mucho menos la muerte del enemigo real o imaginario, la que se mantiene en sus trece” (Cavarero 2009, 58), sino una dimensión del horror que se revela mucho más profunda en las acciones paramilitares y que va a las raíces mismas de la condición humana ofendida a nivel ontológico (Ibíd).

De acuerdo con Cavarero (2009) “el horrorismo se caracteriza por una

forma particular de violencia que traspasa la muerte misma. Esto se evidencia teatralmente en la escena infinita de la tortura, cuyo étimo remite al latín *torquere*: torcer, retorcer el cuerpo, hacer «un cuerpo reducido a migajas por el tormentum» (5). En este sentido la dignidad ontológica de los cuerpos de las víctimas de la masacre es ofendida cuando la violencia rompe la unidad simbólica del cuerpo, transformándolo en un cuerpo deshecho, desmembrado que pierde toda individualidad, así, “la violencia que lo desmiembra ofende a la dignidad ontológica que la figura humana posee y lo hace inmirable” (24).

“Hubo más muertes, más humillaciones, más redobles de tambores. Hacia el mediodía, varios tramos de la cancha se encontraban alfombrados por el reguero de cadáveres y órganos tronchados que había dejado la carnicería” (Salcedo 2015, 321). La crónica de Salcedo nos describe una serie de descuartizamientos, empaladas y torturas que apuntan a la configuración de un cuerpo humano despersonalizado, despojado de toda unidad simbólica. Lo que devela una dimensión del horror en la violencia paramilitar que “no contentándose con matar, porque sería demasiado poco, busca destruir la unicidad del cuerpo y se ensaña en su constitutiva vulnerabilidad” (Ibíd. 23).

Tratar a las víctimas como borregos de sacrificio, reunir al pueblo en la cancha y al son de las gaitas y tambores, instrumentos que configuran la identidad de la comunidad, rebanar orejas, dedos, fusilar, ahorcar con sogas y al tiempo imitar los gritos de arriería de ganado, empalar a las mujeres, realizar toda una carnicería humana, son hechos que retoma la crónica a través de los testimoniantes y que dan cuenta del horror como mecanismo predominante en la masacre. “La obra del horror no estima la muerte inminente de quien, temblando, se escapa, sino los efectos de una violencia que sigue un manual: la descomposición del cuerpo herido y, después, del cadáver, su apertura y desmembramiento (Cavarero 2009, 28).

La crónica nos muestra que la lógica del horror paramilitar al violentar la unidad simbólica de las víctimas y sus cuerpos, se ubica en la dimensión de lo real del cuerpo humano en el sentido lacaniano del término “real”, es decir, aquello que está por fuera de lo simbólico. De allí que los cuerpos de las víctimas se tomen de manera absoluta en su dimensión material, cuerpos-carne, destruyendo a las víctimas como cuerpos singulares. Para esto, la violencia de los paramilitares socava la condición primordial de la vulnerabilidad humana y produce y acentúa

el estado de indefensión de los habitantes espectacularizando el horror, tal como lo vimos en las escenas en que las masacres se acompañaban con el sonido de los tambores y gaitas.

El viernes 18, ya durante la invasión, forzaron las casas que permanecían cerradas y ametrallaron a sus ocupantes. Cometieron abusos sexuales contra varias adolescentes, obligaron a algunas mujeres adultas a bailar desnudas una cumbiamba. Por la noche les ordenaron a los sobrevivientes regresar a sus moradas. Pero eso sí: les exigieron que durmieran con las puertas abiertas si no querían amanecer con la piel agujereada. Entre tanto, ellos, los bárbaros, se quedaron montando guardia por las calles: bebieron licor, cantaron, aporrearon otra vez los tambores, hicieron aullar las gaitas (Salcedo 2009, 322).

De acuerdo con Butler la vulnerabilidad es una condición permanente, en tanto siempre estamos expuestos a la violencia del otro, no obstante, la condición de inerme se produce en determinadas circunstancias, como bien lo ejemplifica la crónica, en la cual vemos que en la masacre domina una violencia unilateral, un otro en posición de omnipotencia (Cavarero 2009), frente al cual la población queda inerme y no tiene posibilidad de defenderse. De allí que las circunstancias en las que se somete a las víctimas sean planeadas, racionalizadas, organizadas y preparadas por los verdugos. En este sentido, las crónicas sobre la masacre de El Salado muestran un tipo de “circunstancias donde la coincidencia entre el vulnerable y el inerme es el resultado de una serie de actos intencionales y programados, que buscan su realización” (56).

3.4.2. ¿El horror para qué?

A pesar de que el horror anida en el terror, aquel parece tener características opuestas, pero complementarias. En el horror “la muerte violenta forma parte del cuadro, pero no está en el centro. No es cuestión de escapar a la muerte. Al contrario de cuanto sucede con el terror, en el caso del horror no hay movimientos instintivos de huida para sobrevivir [...] el movimiento aquí se bloquea en la parálisis total y atañe a cada uno, uno a uno (Cavarero 2009, 22). Lo anterior se complementa con lo planteado por Pécaut (1997) cuando refiere que “el recurso al terror está acompañado de la puesta en escena del horror para impedir todo intento de resistencia por parte de la población” (18).

Poniendo en diálogo estos planteamientos con la crónica de Salcedo vemos en ella que el efecto paralizante del horror tiene como función, por un lado, mostrar la “omnipotencia” paramilitar y por otro aleccionar y neutralizar a la población que deviene indefensa e inerte ante la incursión. El objetivo y a la vez el efecto más notorio de la masacre en El Salado y el de su horrorismo refiere el vaciamiento del territorio¹¹, pero también el trauma que paraliza y obliga al silencio y al no retorno. “Antes había más de seis mil habitantes. Ahora, menos de novecientos. Los que se negaron a regresar, por tristeza o por miedo, dejaron un vacío que todavía duele” (Salcedo 2015, 324). De modo que el horror y el terror paramilitar se inscribe en una lógica económica de acaparamiento y despojo violento de tierras, amparada en un discurso político que legitima la violencia a través de la estigmatización de la población civil como guerrillera. Esta lógica se inscribe en lo que Rita Segato (2016) denomina como “dueñidad” o “señorío”:

Señorío tiene aquí el sentido muy preciso de que un pequeño grupo de propietarios son dueños de la vida y de la muerte en el planeta. Son sujetos discrecionales y arbitrarios de un poder de magnitud nunca antes conocida, que vuelve ficcional todos los ideales de la democracia y de la república. El significado real de este señorío es que los dueños de la riqueza, por su poder de compra y la libertad de circulación offshore de sus ganancias, son inmunes a cualquier tentativa de control institucional sus maniobras corporativas, que se revelan hoy desreguladas por completo (Segato 2016, 100).

En este sentido, la violencia en sus dimensiones de horror y terror, “ha sido utilizada como instrumento para obtener concentración de la tierra y ganancias económicas. En suma: el desplazamiento no es un producto de la guerra, sino que se hace la guerra para desplazar y ocupar” (Criscione 2011, 37), tal como lo muestra la crónica: “Cuando los habitantes regresaron, casi dos años después de la masacre, descubrieron con sorpresa que la mayor parte de la tierra en la que antes sembraban tenía otros dueños” (Salcedo 2015, 153). En consecuencia, la crónica de Salcedo además de mostrar la degradación del conflicto armado en

¹¹ Y no a una ofensiva guerrerrista contra la guerrilla como los paramilitares pretendieron hacer creer durante la incursión y posteriormente en sus declaraciones en el proceso de Justicia y Paz llevado a cabo en el 2005. De acuerdo con el CNMH (2009): [...] los paramilitares aquí pretendían vaciar el territorio. La táctica de tierra arrasada empleada se inscribe en esta lógica paramilitar que dejó un escenario de tierra sin hombres, pero también dejó a muchos hombres sin tierra. El desplazamiento forzoso, o tal vez, dicho de un modo más pertinente en este caso, el destierro, fue uno de los impactos más impresionantes y duraderos del pánico en la zona, cuya desolación evocaba durante los meses posteriores a la masacre al mítico Comala de Juan Rulfo, ese pueblo habitado por muertos y fantasmas (14).

Colombia, también evidencia las tácticas del horror y terror paramilitar unidas a una administración de la muerte con fines económicos, en otras palabras, la crónica nos permite reflexionar y cuestionar las prácticas tanatopolíticas de los paramilitares que, por lo demás, empezaron a consolidarse y legitimarse en Colombia a partir del gobierno de Álvaro Uribe Vélez¹².

3.4.3. Un pueblo que persiste...

La crónica de Salcedo hace énfasis en las formas de resistencia de las víctimas que sobrevivieron a la masacre y en especial, de aquellas “ciento veinte personas [de seis mil habitantes] que encabezaron el retorno a su tierra en noviembre del año 2002” (Salcedo 2009, 325) después de semejante acto violento. Es así como la crónica representa la resiliencia de los sobrevivientes que persisten a pesar de las condiciones adversas que Salcedo retrata como la negligencia y opresión del Estado y la banalización de la violencia misma, aspectos que retomo a continuación para centrarme posteriormente en la representación de la resistencia de los sobrevivientes. Según la crónica:

[La] gente muere, luego existe”, [los] los habitantes de sitios pobres y apartados solo son visibles cuando padecen una tragedia [...] Porque en muchas regiones olvidadas de Colombia, fíjese usted, los límites geográficos no son trazados por la cartografía, sino por la barbarie [...] Habitantes de un país terriblemente injusto que sólo reconoce a su gente humilde cuando está enterrada en una fosa (Salcedo 2009, 318-323).

A partir de lo anterior, Salcedo devela la doble moral que existe en la sociedad colombiana y que se corresponde con la fragmentación del país entre el urbano y el rural, entre las ciudades donde hay mayor presencia estatal, aquellas que están más integradas a la lógica del consumo y la globalización y aquellas zonas periféricas del país, esa “otra Colombia” de la que también habla Molano, donde el Estado brilla por su aparente ausencia y donde se vive directamente el conflicto armado. Salcedo (2009) realiza una crítica a la banalización de la violencia en Colombia y a una sociedad indolente respecto de la violencia de la periferia: “Le reitero a José Manuel Montes que mi visita se debe a la masacre

¹² Al respecto recomiendo el interesante texto de Criscione (2011) Las prácticas tanatopolíticas en los tiempos de la seguridad democrática, el cual plantea un análisis detallado del terrorismo de Estado en el periodo de gobierno de Álvaro Uribe Vélez.

cometida por los paramilitares. Si no se hubiese presentado ese hecho infame, seguramente yo andaría ahora perdiendo el tiempo frente a vitrinas de un centro comercial en Bogotá, o extraviado en una siesta indolente” (Salcedo 2009, 322). Ciertamente lxs colombianxs de las zonas centrales estamos inmersos en esa lógica de la modernidad instrumental, consumista y globalizada, que anula sentidos éticos y morales, a la vez que anestesia la crítica y la indignación respecto de la realidad social. En este sentido, la crónica de Salcedo al tiempo que nos acerca a ese tipo de realidades, que generalmente no trascienden lo local, también constituye un espejo para la autocrítica.

Ahora bien, respecto a la banalización de la violencia resulta pertinente retomar las conceptualizaciones de Pécaut (1997) quien refiere tres aspectos que refuerzan la banalidad de la violencia en Colombia: la insuficiencia de la justicia, la corrupción institucional y en algunos casos su complicidad con los actores, lo cual fomenta la impunidad; la violencia prosaica que desdibuja las oposiciones tajantes entre los actores armados y una memoria fragmentada en la que suele prevalecer una lectura mítica de la violencia, que la concibe como un fenómeno a priori, que “está presente desde siempre [...] comparable con los desastres naturales” (23).

Tal memoria [y los demás aspectos] contribuye pues a que la violencia y el terror se banalicen como si fueran parte del orden de las cosas y hace más difícil la percepción de lo nuevo de la situación actual y consiguientemente el dar sentido a lo que ocurre. Esta confusión no se reduce solo a las regiones de colonización reciente donde la autoridad del Estado nunca se ejerció si no de forma precaria sino que también se manifiesta en las regiones integradas desde hace mucho tiempo a la economía comercial y las ciudades (Ibíd.).

Resulta bastante confrontador que estas conceptualizaciones de Pécaut publicadas en 1997, estén vigentes, a excepción quizá de lo referido sobre la memoria fragmentada y mítica de la violencia, puesto que desde el 2011 en Colombia se creó el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) gracias a la ley de víctimas 1448 de 2011 que prescribe crear una memoria del conflicto armado colombiano a partir de las diferentes memorias sobre el mismo con el objetivo de “proporcionar y fortalecer el conocimiento de la historia política y social de Colombia” (CNMH 2014).

Sin embargo, habría que decir que crónicas como la de Salcedo y las de Molano han hecho parcialmente dicho trabajo de reconstrucción de memoria a partir de los testimonios de personas víctimas que han vivido directamente el conflicto, por lo que constituyen discursos que contrarrestan la visión de Pécaut sobre la existencia de una memoria fragmentada sobre el mismo y a la vez exponen interpretaciones políticas y sociales de la violencia (como la transformación de ésta en una violencia prosaica y el desdibujamiento de sus actores como actores políticos), que cuestionan y van más allá de la versión oficial de los medios de comunicación, tal como lo hemos visto en relación con las crónicas de Molano y la crónica de Salcedo sobre la masacre de El Salado.

Por lo demás la ausencia y complicidad institucional como otro factor de opresión sobre las poblaciones marginadas, también constituye un punto clave en la crónica de Salcedo y un punto en común con Molano quien también describe el Estado como un actor del conflicto. En ambos autores hemos visto cómo las fuerzas militares y policiales fueron cómplices de homicidios, despojos y masacres y además la crónica de Salcedo representa cómo el Estado continúa brillando por su ausencia aún después de la masacre. “Cuando los habitantes regresaron, casi dos años después de la masacre, descubrieron con sorpresa que la mayor parte de la tierra en la que antes sembraban tenía otros dueños. Ya no había ni maestros ni médicos de planta, y ni siquiera un sacerdote dispuesto a abrir la iglesia cada domingo” (Salcedo 2015, 327).

Los dos únicos centros educativos que quedan en el pueblo funcionan en una casa esquinera de paredes descoloridas. Uno es la Escuela Mixta de El Salado, dueña de este inmueble, y otro, el Colegio de Bachillerato Alfredo Vega [...] El número de alumnos ni siquiera sobrepasa el centenar, pero el problema mayor es otro: el bachillerato apenas está aprobado hasta noveno grado. Los estudiantes interesados en cursar los dos grados restantes deben mudarse para El Carmen de Bolívar, lo que demanda unos gastos que no se compadecen con la pobreza de casi todos pobladores. En consecuencia, muchos jóvenes renuncian a concluir su educación y se convierten en jornaleros, como sus padres (Ibíd. 328).

Vemos que, de ser un pueblo próspero gracias a sus actividades agrícolas y ganaderas, El Salado pasó a ser un pueblo con menos de novecientos habitantes, con un sistema educativo precario que reproduce la desigualdad social, sin puesto de salud y sin iglesia.

La vecina de María Magdalena se llama Mayolis Mena Palencia y tiene veintitrés años. Está sentada, adolorida, en un taburete de cuero. Ayer, después del tremendo aguacero que cayó en El Salado, resbaló en el patio fangoso de la casa y cayó de bruces contra un peñasco. Perdió el bebé de tres meses que tenía en el vientre. Y ahora dice que todavía sangra, pero que, en el pueblo, desde los tiempos de la masacre, no hay ni puesto de salud ni médico permanente (Ibíd. 330).

De modo que por omisión institucional se acentúa la precariedad humana de sus habitantes, evidenciada en la falta de garantía de derechos fundamentales a nivel de salud, educación, oportunidades de trabajo y formación integral. Lo que se evidencia en la siguiente crítica de Salcedo con la cual coincido: “Veo las calles barroas, veo un perro sarnoso, veo una casucha con agujeros de bala en las paredes. Y me digo que los paramilitares y guerrilleros, pese a que son un par de manadas de asesinos, no son los únicos que han atropellado a esta pobre gente” (Ibíd.).

Salcedo incluso va más allá en su crítica al representar la doble moral institucional en relación con el caso de la María Magdalena Padilla, una joven que, ante la carencia de profesores, tuvo la iniciativa de educar a más de treinta niños de su pueblo, teniendo ella doce años; debido a esto “La Señora Mayito”, como la bautizaron los medios, fue noticia nacional aprovechada por el presidente, políticos y empresarios para hacer propaganda política y posteriormente dejarla en el olvido.

A María Magdalena la retrataron al lado del presidente de la república [Álvaro Uribe Vélez], la ensalzaron en la radio y en la televisión, la pasearon por las playas de Cartagena y por los cerros de Bogotá. Le concedieron –vaya, vaya– el Premio Portafolio Empresarial, un trofeo que hoy es un trasto inútil arrinconado en su habitación paupérrima. Los industriales le mandaron telegramas, los gobernadores exaltaron su ejemplo. Pero en este momento María Magdalena se encuentra triste porque, después de todo, no ha podido estudiar para ser profesora, como lo soñó desde la infancia. “No tenemos dinero”, dice con resignación.

El ex presidente Uribe fue quien le entregó el premio, “al tiempo que le prometió que a partir de enero su pueblo tendría profesores” (Semana 2002), no obstante, tal como lo vemos en la crónica, esta promesa en el año 2009 aún seguía sin cumplirse, como tantas otras relacionadas con las garantías estatales para el retorno seguro de la población. De modo que la crítica de Salcedo en su crónica me resulta bastante pertinente y acuciante respecto de la negligencia estatal y la doble moral de la sociedad colombiana:

Lejos de los reflectores y las cámaras no resulta atractiva para los falsos mecenas que la saturaron de promesas en el pasado. Pienso –pero no me atrevo a decírselo a la muchacha– que ahí está pintado nuestro país: nos distraemos con el símbolo para sacarle el cuerpo al problema real, que es la falta de oportunidades para la gente pobre. Les damos alas a los personajes ilusorios como “la Señó Mayito”, para después arrancárselas a los seres humanos de carne y hueso como María Magdalena. En el fondo, creamos a estos héroes efímeros, simplemente, porque necesitamos montar una parodia de solidaridad que alivie nuestras conciencias” (Salcedo 2009, 329).

No obstante, a pesar de la masacre, de la negligencia estatal y la banalización de la violencia, en la crónica triunfa la representación de la persistencia de un pueblo que se mantiene en pie a pesar de la vivencia traumática que les ocasionó la masacre: “Enseguida se entregaron a la causa de rescatar al pueblo de las garras del caos. Un día, tres días, una semana enfrascados en una lucha primitiva contra el entorno agresivo, como en los tiempos de las cavernas: corte un bejuco por aquí, queme un panal de avispas furiosas por allá, mate una serpiente cascabel por el otro lado” (Salcedo 2015, 325).

La masacre rompió el tejido social y simbólico de los saladeños, en tanto resignificó por medio del terror el espacio público, como la cancha, signo de congregación y de lucha, y elementos de identidad cultural como el tambor y la gaita, signo de emancipación y lucha de los ancestros (Salcedo 2015). No obstante, la crónica muestra un grupo de ciento veinte personas que, sin apoyo institucional de ningún tipo, se embarca en el acto heroico de reconstruir su comunidad y su territorio, empresa que por supuesto no resulta fácil.

Cualquier visitante desprevenido pensaría que se encuentra en un pueblo donde la gente vive su vida cotidiana de manera normal. Y hasta cierto punto es así. Sin embargo –me advierte Oswaldo Torres–, tanto él como sus paisanos saben que después de la masacre nada ha vuelto a ser como el pasado. Antes habías más de seis mil habitantes. Ahora, menos de novecientos. Los que se negaron a regresar, por tristeza o por miedo, dejaron un vacío que todavía duele (Salcedo 2015, 324).

Una constante en las crónicas de Molano y en las de Salcedo, es retratar a los campesinxs como gente humilde, trabajadora, despojada violentamente de sus tierras y de su trabajo de tantos años, pero sobretudoo como gente que lucha y persiste aún con sus historias de violencia y de horror.

Cuando terminaron de segar la maraña, cuando quemaron el último montón de ramas secas, se dedicaron a poner en su sitio, otra vez, los elementos perdidos del universo: el caney del patio, el establo, la burra baya, el garabato, la alacena de las hojas de tabaco, el canto del gallo, el ladrido de los perros, los juegos de los niños, los amores furtivos en los callejones oscuros, la ollita tiznada del café, la visita del compadre (Salcedo 2015, 326).

En la crónica de Salcedo vemos un pueblo que persiste, que en el arraigo a su tierra trata de recuperar su tejido social y sus prácticas, esas que los han regido de generación en generación. Salcedo describe de manera bella y poética al pueblo, o lo que quedó de él, a través de sus objetos relacionados con el cultivo de la tierra y del tabaco como medio de subsistencia: El caney, el establo, el garabato, la alacena de hojas de tabaco etc. “Elementos perdidos del universo” como las personas errantes que padecieron la masacre. De acuerdo con el CNMH (2009) “asumir el retorno es confrontarse con el lugar lleno de las huellas de la masacre y la desolación, con los rumores y con los conflictos comunitarios sociales y políticos que se dieron en su momento y que aún plantea el contexto de la guerra” (18). La persistencia de estos conflictos sociales y políticos en relación con el territorio es lo que hace tan necesaria la presencia estatal en relación con las garantías para el retorno de la población, y cuya ausencia la crónica denuncia al retratar la precarización de la educación, la salud y la ausencia de la fuerza pública incluso en el retorno de la población.

Dormían apretujados en cinco casas contiguas del Barrio Arriba, pues temían que los bárbaros regresaran. Reunidos –decían– serían menos vulnerables. Su consigna era que quien quisiera matarlos, tendría que matarlos juntos. Tan grande era el miedo en aquellos primeros días del retorno, que algunos dormían con los zapatos puestos, listos para correr de madrugada en caso de que fuera necesario (Salcedo 2015, 325).

La masacre resignificó espacios y objetos de El Salado, haciéndolos devenir en paisajes de terror (Oslender 2004). Así, la cancha y los instrumentos musicales que eran signo de la identidad cultural de la comunidad, fueron usados para acompañar los actos de horror que presenciaron los sobrevivientes, de modo que escucharlos nuevamente o pasar por el sitio donde ocurrió la masacre suponía para los mismos la activación del recuerdo del hecho ominoso. De allí que, “un

sentido de inseguridad generalizada se extiende por el lugar y afecta las formas como la gente se mueve en sus alrededores. El contexto de terror lleva así a una fragmentación del espacio y rompe dramáticamente la movilidad cotidiana” (39).

Torres expulsa una larga bocanada de humo larga y parsimoniosa. Luego admite que hay traumas que perduran. Algunos de ellos atacan a la víctima a través de los sentidos: un olor que permite evocar la desgracia, una imagen que renueva la humillación. Durante mucho tiempo los habitantes de El Salado esquivaron la música como quien se aparta de un garrotazo. Como vieron agonizar a sus paisanos entre ramalazos de cumbiamba improvisados por los verdugos, sentían, quizá, que oír música equivalía a disparar otra vez los fusiles asesinos. Por eso evitaban cualquier actividad que pudiese derivar en fiesta: nada de reuniones sociales en los patios, nada de carreras de caballo. Pero en cierta ocasión un psicólogo social que escuchó sus testimonios en una terapia de grupo les aconsejó exorcizar al demonio. Resultaba injusto que los tambores y gaitas de los ancestros, símbolos de emancipación y deleite, permanecieran encadenados al terror. Así que esa misma noche bailaron un fandango apoteósico en la cancha de la matanza. Fue como renacer bajo aquel firmamento tachonado de velas prendidas que anunciaban un sol resplandeciente (Salcedo 2009, 324).

Como vimos, el horror y contundencia de la masacre apuntaba al vaciamiento del territorio y a sembrar el terror en la población, de manera que no pudieran oponer resistencia ni antes, ni después de la masacre. En este sentido la forma en que se cometió la masacre apuntaba a dejar una huella traumática, una herida que continuara sangrando incluso mucho tiempo después del acto violento, una huella en el plano físico, temporal y psíquico. Por lo que “las torturas fueron ejecutadas en lugares públicos, delante de la gente, y contraen el tiempo y expanden el espacio de representación para que la magnitud y la sistematicidad de la violencia sea más impactante” (CNMH 2009, 61). De allí que la crónica muestre cómo los paramilitares destruyeron simbólicamente el espacio público del pueblo, sus instrumentos de trabajo, de música y esparcimiento agotándolos en el horror; “se trata de humillar, crear en unos un sentido de soberanía y potencia ilimitada, y en los otros impotencia y subyugación total” (Ibíd, 62).

No obstante, vemos cómo la población intenta reponerse de los efectos traumáticos que ocasionó la masacre, no solo a nivel material, sino a nivel simbólico. Es así como vemos que los sobrevivientes que retornaron, recuperan con mucho trabajo y esfuerzo su territorio y su cultura musical, signo de emancipación, de deleite (Salcedo 2009) y sobre todo de resistencia. En este

sentido, la crónica hace énfasis en la representación de un pueblo que persiste como tantos otros colombianos que han sido afectados por el horror de la violencia en Colombia. Lo cual configura una característica importante de las crónicas sobre violencia, a saber, la de que constituyen textos de denuncia, resistencia y lucha contra la opresión y barbarie, tal como lo hemos visto en Salcedo y Molano.

La crónica de Salcedo también tiene una función de crear memorias con el objetivo de que, a través de su difusión, los hechos atroces que representa no se repitan. Es así como vuelve sobre el hecho a partir de la entrevista a los sobrevivientes y lo dota de un sentido crítico y opuesto a la versión oficial sobre el mismo. En esta construcción de memoria, resulta de gran interés que la crónica mencione los nombres reales de las víctimas de la masacre, puesto que al hacerlo restituye algo de la subjetividad y singularidad simbólica que la barbarie anuló. En este sentido, “como explica Juan Mayorga, nombrar a las víctimas es salvarlas de esa segunda muerte que es el olvido. En referencia a Primo Levi, dice: “Sus testimonios están llenos de nombres propios, porque es necesario recordar a las víctimas una a una y por su nombre. Ya no pueden ser salvadas, pero pueden ser nombradas, deben ser nombradas” (Nieto 2011, 26).

- ¿A quién le toca el turno? –preguntó en tono burlón uno de los asesinos, mientras miraba a los aterrados espectadores. El compañero que manejaba la lista le entregó el dato solicitado: Rosmira Torres Gamarra [...] Luego ametrallaron, sucesivamente, a Pedro Torres Montes, a Marcos Caro Torres, a José Urueta Guzmán y un burro vagabundo que tuvo la desgracia de asomar su hocico por aquel inesperado recodo del infierno (Salcedo 2015, 320).

3.4.4. De la crónica a memorias sobre la violencia en Colombia

A partir de lo anterior podríamos decir que la crónica de Salcedo, y por extensión las de Molano, muestran un uso político de la memoria en términos de lo que Todorov (2000) denomina “memoria ejemplar”. De acuerdo con Todorov, en la memoria ejemplar “se utiliza el suceso como una manifestación de una categoría más general, y se sirve de él como un modelo para comprender situaciones nuevas, con agentes diferentes” (14). En este sentido, si bien las crónicas sobre violencia que hemos trabajado hasta aquí muestran historias particulares, vemos que estas historias remiten a una experiencia colectiva en la que los mecanismos de la violencia se repiten, como los métodos de terror y de

barbarie de los grupos armados, el despojo violento y la complicidad y negligencia estatal en el conflicto armado. Así, al retomar un hecho como la masacre de El Salado, la crónica de Salcedo remite a muchas otras masacres ocurridas en el conflicto, que interpelan al lector y potencian en él la indignación y la necesidad de un cambio social y estructural (Beverley 1987).

“El uso ejemplar de la memoria [por medio de las crónicas] permite utilizar el pasado con vistas al presente, aprovechar las lecciones de las injusticias sufridas para luchar contra las que se producen hoy día, y separarse del yo para ir hacia el otro” (Todorov 2000, 14). Ese otro que suele invisibilizarse en el discurso oficial y anularse ontológicamente en la barbarie. Las crónicas permiten “el acceso a la literatura [y a un público lector nacional e internacional] de personas normalmente excluidas de ella” (Beverley 1987, 12), cuyas vidas siguen existiendo más allá del punto final que desintegra todo personaje de ficción. De este modo las crónicas sobre violencia son obras abiertas, en tanto están basadas en situaciones y testimonios de personas reales “que continúan viviendo y actuando en una historia que también es real y [...] continua” (Ibid, 15).

Lo anterior configura una dimensión dinámica de la memoria en el sentido de que permite realizar una vuelta regresiva sobre el pasado, reinterpretarlo y cuestionarlo a la luz de sus manifestaciones en el presente que actualizan la pregunta por la violencia, sus dinámicas complejas y las formas de resistencia de quienes padecen el conflicto. Como hemos visto, las crónicas sobre violencia, al estar basadas en un lenguaje testimonial y a partir de la mediación discursiva de los cronistas expresan un reto al statu quo de la sociedad colombiana. La representación del horror de la masacre de El Salado cumple aquí una función de memoria, denuncia e impugnación de hechos y discursos que nulifican y desubjetivan en nombre del horror y la barbarie.

En este sentido, retomar el suceso de la masacre constituye un acto de memoria ejemplar y una apuesta política al convocar la indignación y toma de posición en el lector frente a hechos de injusticia y de horror por medio del componente afectivo que despierta la empatía con los personajes. Podríamos decir entonces que las crónicas sobre violencia constituyen vehículos de la memoria (Jelin 2002) en tanto materializan un sentido del pasado expresado en un relato comunicable. Así, retomando las palabras de Salcedo (2014) “la crónica tiene entre sus funciones el construir memoria, el hacer que ciertos sucesos no pasen al olvido

impunemente”. Es precisamente ésta una de las funciones de la narrativa de la resistencia, por medio de la fuerza de la narración que moviliza, conmueve, sorprende y cuestiona, las crónicas constituyen voces frente al olvido, frente a la saturación y la fugacidad de la información que banaliza hechos atroces que no pueden, ni deben de ninguna manera repetirse.

Conclusiones

4.1. Crónicas sobre violencia: el cruce entre lo estético, lo ético y lo político

Para concluir me interesa situar a la crónica como un discurso autónomo, contestatario, político y marginal respecto de ciertos cánones literarios y sociopolíticos. A nivel literario, dada su dimensión referencial y de actualidad, la crónica difumina los límites canónicos que separan lo que se considera literario y lo que no, cuestionando la idea de que lo literario era lo meramente ficcional (Rotker 2005). La crónica latinoamericana redefine la literatura, deviniendo en un género de no ficción, vigilante de las realidades complejas del continente. Así mismo, cuestiona un tipo de escritura basada en un lenguaje neutro y aséptico que no se involucra, como el discurso objetivado de las ciencias sociales, ubicándose del lado de una escritura que reivindica la subjetividad, y que al hacerlo posibilita la interpelación afectiva en el lector en relación con las realidades sociales que relata.

No me cupo duda, era demasiado lo que me habían contado los colonos, era muy grande mi compromiso. Opté a conciencia por contar lo que me habían contado, diría mejor, lo que me habían confiado. Lo escribí en primera persona como si ellos, los colonos, lo hubieran escrito. Tal subjetividad, dictaminó la doctrina, reñía con la naturaleza objetiva y aséptica de la ciencia. No se podía distinguir entre la verdad y la fantasía. Para mí, la cuestión no era de método sino de ética. Se produjo entonces un rompimiento a ciencia y conciencia, una “ruptura epistemológica” con lo que parecía más un juez que un maestro (Molano 2014).

Así, la crónica cuestiona un tipo de escritura basado en la tercera persona, sobretudo la del informe periodístico, con pretensión de objetividad o neutralidad. Tal como lo plantea Caparrós (2012), a través de la primera persona, la crónica expone sobre todo una mirada: “Nos convencieron de que la primera persona es un modo de aminorar lo que se escribe, de quitarle autoridad. Y es lo contrario: frente al truco de la prosa informativa (que pretende que no hay nadie contando, que lo que cuenta es “la verdad”), la primera persona se hace cargo, dice: esto es lo que yo vi, yo supe, yo pensé; y hay muchas otras posibilidades (611).

La crónica sobre violencia no puede hablar en tercera persona por una cuestión de base y es que apela a diferentes voces sobre el conflicto que no admiten una sola verdad. Remite a la situación de una mirada que se reinventa a partir de la historia oral con la que en parte el cronista queda en deuda. Esto lo podemos ver particularmente en Molano quien plantea su posición respecto al uso de la primera y tercera persona:

Ahora, [uso] la primera persona ¿Por qué?, porque la primera persona me da derecho a intervenir, en cambio la tercera no podría. La tercera persona es el lenguaje del informe o del trabajo académico. Y yo detesto esa dimensión del mundo, fundamentalmente, porque no están comprometidos. Son ajenos a esa realidad y dicen la mentira. Pero aparecen como si eso autores se distanciaron de la realidad. Tanto en un trabajo académico, como en un informe empresarial, o periodístico. Entonces, por eso, yo utilizo la primera persona porque ahí yo estoy comprometido (Alfredo Molano en Leal 2013, 59).

Al estar basada en un lenguaje testimonial, la crónica también cuestiona la dimensión individual de la autoría de los textos, evidenciando a partir de su base el trasfondo colectivo de su escritura, una escritura desapropiada que expone el trabajo comunitario de los practicantes de una lengua como base ineludible del trabajo creativo (Rivera Garza 2017). En este sentido, capturan un vasto “material de la historia personal de la gente, que no es la historia del caudillo, ni del general, ni del arzobispo, sino la historia de gente común y corriente” (Molano 2006), poniendo en primer plano historias anónimas, esenciales y elementales sobre el conflicto. De allí que los cronistas terminen ubicándose del lado de las víctimas y no del lado de lo institucional.

A partir de estos cuestionamientos que redefinen lo literario, el género se ubica en el cruce entre lo ético y lo político estableciéndose como un género a contrapelo de los discursos oficiales sobre el conflicto armado colombiano. A nivel ético, las crónicas responden, por un lado, a la mirada del cronista sobre los hechos sociales que representa y por otro al hecho relevante de que la crónica, tal como lo expresa Leila Guerriero (2013), “es principalmente el momento del otro, del entrevistado”, quien testimonia para el cronista su realidad, su manera de vivir, sentir y pensar situaciones y hechos que posteriormente serán representados y reconstruidos por el cronista. Tal como lo podemos ver en las palabras de Molano y Salcedo:

Es un problema de carácter ético. Yo nací entre esa gente y desde niño me he relacionado con campesinxs. Yo he oído sus historias desde niño; las injusticias, las brutalidades, las arbitrariedades que se han cometido contra ellos. Entonces, eso es lo que yo trato de contar: esa manera como los han tratado, como los han ultrajado, como los han arrinconado (Molano en Leal Arango 2013).

La crónica sirve para conocer al otro, para impregnarse del otro [...] La crónica el género más humano que hay, porque se pone en los pies de la gente y trata de mostrársela a los demás, antes de que esa gente se vaya de este planeta y que no sepamos quien coño era (Salcedo Ramos 2014).

De modo que el compromiso ético de los cronistas estriba en la apertura de una mirada y sensibilidad frente a la otredad y a situaciones problemáticas de la realidad social, las cuales intentan comprender y desentrañar por medio de una escritura colectiva, más allá de la subjetividad propia. Tal como lo plantea Molano (2010): “Yo resiento lo que a la gente le pasa y apelo a la escritura para impedir que esa ira que me produce a mí la arbitrariedad no me consuma. Yo persisto porque veo que la gente persiste en sus dolores... Ver eso me parece terrible y eso me hace escribir”. Además del compromiso con situaciones problemáticas de la realidad social, las crónicas sobre violencia “suponen una ética en el oficio de decidir qué contar y qué callar” (Villanueva Chang 2012, 600) y yo añadiría, en el de cómo contarlos y con qué propósito, puesto que todo discurso parte de un lugar de enunciación regido por influjos socioculturales y políticos específicos.

El relato no es la realidad, pero busca expresarla eligiendo los fragmentos que considera más significativos para transmitir el hecho. El relato no es la realidad, pero la ética y sus lectores tácitos le exigen no traicionarla. Al optar por un determinado encuadre, por algunos fragmentos del acontecimiento que ha decidido narrar, el cronista deja otros fuera. El acto de descubrir supone inevitablemente el de encubrir. El peligro está en que lo que un cronista decide excluir de su historia contradiga o desautorice lo que ha elegido mostrar en ella. Entonces no sólo no es la realidad, sino que es un fraude (Ibid, 601).

Este imperativo ético cobra mayor fuerza en el contexto del conflicto armado colombiano en tanto que las crónicas reconstruyen memorias sobre la violencia y remiten a hechos que están supeditados a políticas hegemónicas de representación. Al desestabilizar lugares comunes de representación, en las crónicas prevalece un carácter de denuncia y de investigación, que configura la

pertinencia del género en cuanto que ocupado en “narrar las historias de la violencia [la pertinencia], tiene que ver con su resistencia a traducir los avatares de los ciudadanos dentro de los formatos de la espectacularización y la banalización” (Bencomo 2007, 38), que tienden a velar las dinámicas complejas del conflicto armado. De allí que, al implicar un compromiso con la otredad, con lo menos visible o lo marginal, la dimensión ética de la crónica implica también una dimensión política.

A nivel político, las crónicas plantean una mirada renovada e interpelan al lector sobre hechos o situaciones reales, retratan personas e historias anónimas excluidas de las formas legitimadas de poder, devienen como un lenguaje de la incertidumbre por oposición a las versiones y/o certezas oficiales y constituyen un modo de construcción y transmisión de memorias. En las crónicas sobre la violencia “los nuevos territorios –dibujados por la fuerza globalizadora unilateral– no son ya las geografías ajenas sino las formas que adquieren las subjetividades próximas signadas por los procesos de segregación y las distintas formas de violencia, desplazamiento y/o exclusión” (Falbo 2007, 15). Es así como al apelar a las voces marginales de mujeres, campesinx, afrocolombianos, indígenas víctimas, las crónicas “son versiones de la realidad que ponen en conflicto la versión hegemónica de las sociedades que cuentan” (Esquivada 2007, 120). Por ejemplo, para Molano, “uno de los mayores méritos, virtudes y posibilidades de las historias de vida, es reivindicar la historia anónima, esencial y elemental de la gente” (Molano en Leal 1998, p.109), esa que no se conoce y se desdibuja en las versiones oficiales.

La información que el país tiene sobre la guerra es nula. Qué pasa, por un lado, son las versiones oficiales del Ejército o de la guerrilla. Nadie sabe lo que está sucediendo en las zonas, porque nadie va. Entonces, a mí me parece que los periodistas, los sociólogos, tienen que informarse más directamente y menos por mediación de otras personas y de refritos que hacen sobre información muy limitada (Molano en Leal Arango 2013, 64).

Todo esto con el fin de confrontar la verdad y sobre todo mostrar la otra cara de la moneda. Es decir, saber la historia contada por víctimas y victimarios, la otra parte que no suelen contar” (Molano e Leal Arango 2013, 64). Es así como, en tanto “quiebran un discurso único y legitimado” sobre el conflicto armado, las crónicas vuelven la mirada sobre aquello que parece no suceder o que se vela

(Villanueva 2012), configurando con ello la función política de la crónica en dos aspectos: por un lado, la crónica hace “elocuente la voz menos visible de la sociedad” (Ibid), y por otro se rebela contra la tendencia informativa que “consiste en decirle a mucha gente qué le pasa a muy poca: la que tiene el poder” (Martín Caparrós en Villanueva 2011, 589).

En cuanto al primer aspecto, no se trata de “dar voz al subalterno”, sino de reconocer en esas voces sus propias formas de resistencia, visibilizarlas y representarlas en los relatos. Sobre el segundo aspecto, a saber, el de rebelarse contra la representación de voces hegemónicas y representar la otredad y lo marginal, éste permite que en especial las crónicas sobre violencia en Colombia devengan en textos de resistencia y de lucha que ponen en primer plano una heterogeneidad discursiva, puesto que los personajes son historias reales que impulsan en el lector la generación del debate, la interrogación y la escucha (Falbo 2007). Tal como lo plantea Falbo (2007):

[...] el cronista actual se encuentra frente a un desafío mayor: rescatar la palabra devaluada por la lógica del relato que uniforma y refuerza de este modo la exclusión, ya que fortalecer estereotipos es, en forma implícita, una negativa al diálogo, al debate, a la interrogación, a la escucha. En ese caso, *interpretar la voz de “lo otro”* en la cercanía de lo cotidiano, significa también aceptar el desafío de la escritura –es decir, del *trabajo con la heterogeneidad formal– como acto de resistencia*. De ahí que la marca del género siga siendo su potencialidad de *transformación* no solo como resultado de estilo sino como aceptación de la complejidad, signo que la convierte en una narrativa implicada en los cambios vertiginosos, dilemáticos de nuestro tiempo, sosteniendo un equilibrio propio, siempre en tránsito, entre el reto de la veracidad y el arte de narrar (16).

Además de plantear otras miradas posibles sobre la violencia, reivindicar la otredad y una multiplicidad discursiva, las crónicas también cumplen una función de denuncia, sensibilización (como en el caso de Molano), de reconstrucción de memorias e investigación periodística (como en el caso de Salcedo Ramos), que contribuyen a la construcción de una toma de posición en el lector. Por ejemplo, Para Salcedo Ramos, “la crónica contribuye a sensibilizar a la gente sobre ciertos temas de interés. Los humaniza, los convierte en narración de calidad” (Salcedo Ramos 2012). Así mismo, Molano plantea al respecto:

Yo hago mi trabajo fundado en premisas éticas y en perspectivas políticas, en el sentido de perseguir una sociedad distinta, más igualitaria y más justa. Para hacerlo he apelado a los medios masivos de comunicación porque los libros tienen un impacto limitado y el mundo académico es de una estrechez y de un dogmatismo que impide que el país se dé cuenta de sí mismo [...] Y el objetivo era mostrarle al país ese otro país, sensibilizarlo con el drama que está viviendo la gente y contribuir a que pierdan el miedo a la protesta (Molano 2010).

Vemos pues que tanto a Molano como a Salcedo les interesa la historia oral o el lenguaje testimonial para darle difusión en un público más amplio que desconoce la realidad de quienes viven directamente el conflicto. Estos intereses están en el marco de una posición política y ética de los autores; política en términos de “perseguir una sociedad distinta, más igualitaria y más justa” (Molano 2006) y de resistir y combatir el olvido, para que los hechos atroces representados en sus crónicas no vuelvan a repetirse. Y ética en el sentido de retribuir en algo a las personas que los invitaron a entrar en sus memorias y le permitieron indagar en sus experiencias de dolor y horror.

Entendí que los relatos podían servirles de espejo para que se reconocieran y recabaran en la fuerza que, sin saberlo, cargaban. Comprendí que la aceptación de los textos –mi aspiración más secreta– me satisfacía no porque me justificaran, sino porque por ahí el conocimiento encontraba objeto, cumplía su razón de ser. Oír a la gente reírse de sí misma, discutir sus propios testimonios, volver a sufrir sus dolores, interrogarse, aceptarse, era el sentido vital que yo podía reclamarle al conocimiento. Ya no era la curiosidad de oírlos y de gozar su lenguaje y sus maneras particulares de entender el mundo, ahora era la gratísima sensación de que lo que uno había hecho era acogido. El conocimiento es una especie de hijo pródigo que sólo encuentra suspiro cuando regresa a su fuente (Molano 2014).

De allí que las crónicas constituyan una escritura de resistencia y un “lenguaje de la memoria colectiva, una memoria de los sucesos anónimos de una ciudadanía vulnerable y vulnerada por una violencia ubicua” (Bencomo 2007, 33) con el fin de conjurar la indiferencia y el olvido. “El peligro del olvido es que se convierta en un recurso para reproducir la impunidad [...] Yo creo que lo que ha pasado no se puede olvidar, lo que está pasando no se puede olvidar. No es solamente que duela, es que hay que evitar que vuelva a suceder” (Molano 2003, 17).

4.2. ¿Qué puede hacer la literatura cuando se anula la vida?

Me parece pertinente retomar la pregunta de Diéguez (2018) “¿Qué puede hacer el arte cuando se anula la vida?” para concluir este trabajo, en tanto que las crónicas que he abordado asumen una función política, estética y ética a nivel de la representación de la violencia en Colombia, tal como lo vimos en el apartado anterior. En este sentido, pretendo aproximarme a los alcances de tal representación a nivel de su dimensión estética.

En su texto *Cuerpos sin duelo*, Ileana Diéguez refiere los planteamientos de Giunta (2003) y Agamben para abordar la relación entre arte y horror y establecer una crítica a las posturas que estigmatizan el arte de la violencia por suponerla irrepresentable. Lo que quiero destacar de sus planteamientos retomando a dichos autores, es el énfasis que hace sobre las posibilidades que otorga al arte de la violencia para movilizar el pensamiento en tiempos de crisis, crear alternativas de resistencia y cuestionar nuestra posición ética respecto al “dolor de los demás”. “Cuando el pensamiento está en estado de intemperie y sin embargo es necesario aferrarse a él para ser capaces de responder a las urgencias del momento, lo que verdaderamente importa es ponerse en movimiento” (Gruner 2004 en Diéguez 2013, 45). En otras palabras, en tiempos de crisis resulta de vital importancia atreverse a combatir el miedo para que la impunidad no impere; en este sentido, los lenguajes literarios y artísticos pueden cumplir un papel primordial en la osadía de combatir la barbarie.

[...] El arte no sólo puede ser un espacio de resistencia y de resguardo del equilibrio frente al fanatismo que impregna los discursos de quienes han tomado en sus manos el derecho a la vida de los que habitamos este mundo. El laboratorio del lenguaje, de las formas y de los contenidos que el arte refunda en cada tiempo de emergencia, es un espacio (precario, pero no por eso menos potente) en el que también es posible imaginar fronteras alternativas y necesarias de respuesta frente a toda forma de violencia” (Giunta 2003, 41 en Diéguez 2013, 53).

Esta posibilidad de imaginar respuestas alternativas a toda forma de violencia, nos lleva a la dimensión ética y política de la relación entre arte y horror. De acuerdo con Diéguez (2013), “callar y silenciar la barbarie sería precisamente otorgar la victoria a los perpetradores de esa barbarie, a los señores de la muerte” (45). En este sentido, las representaciones de la violencia presentes en las crónicas nos cuestionan como espectadores, al poner en primer plano “el dolor de los

demás” y las reacciones que éste suscita en nosotros. Nos hace preguntarnos si realmente es el “dolor de los demás”, si el horror vivido en un país en guerra no supone un dolor nacional que nos compete a todos como ciudadanos y como seres humanos, y sobretodo, “¿hasta dónde se puede mantener a distancia el dolor de los demás sin que también contamine nuestros propios dolores?” (Ibid).

Es así como aparece la pregunta por el potencial del arte y la literatura frente a la barbarie y por la actitud en cada uno de nosotros frente a la violencia representada. Si bien, desviar la mirada frente a lo representado nos blindamos frente a los horrores de la guerra y nos otorga una ganancia psíquica en términos de tranquilidad, cabe preguntarse ¿qué implicaciones tiene ese desvío de la mirada? Así mismo, enfrentarse a lo representado, a un dolor nacional ¿qué nos permite como ciudadanos y seres humanos?

Tratar de nombrar y conocer lo innombrable, a saber, el horror de la guerra, por medio de su representación literaria y/o estética, potencia en el espectador la emergencia de una toma de posición ética y política frente a la barbarie, y de esta manera contribuye a que no se repita. En este sentido, las crónicas cobran una dimensión movilizadora e interpelativa en la medida en que relatan la muerte y la barbarie desde la reafirmación de la vida y la acción. Es así como Molano y Salcedo coinciden en representar a las personas que padecen el conflicto, no como víctimas pasivas del mismo, sino fundamentalmente como agentes de su propio destino, como personas luchadoras que persisten a pesar del horror y la guerra. Así mismo, como lo vimos anteriormente, sus crónicas configuran una dimensión dinámica de la memoria en el sentido de que permiten realizar una vuelta regresiva sobre el pasado, reinterpretarlo y cuestionarlo a la luz de sus manifestaciones en el presente que se actualizan en las historias representadas.

A partir de esto, las crónicas configuran una performatividad afectiva que moviliza e interpela al lector a través de la afectividad y empatía con los relatos que cuentan. Es así como, al representar el dolor de los demás y los actos de injusticia de los que son objeto los campesinos, “el dolor deviene vuelto ira, vuelto búsqueda y acción política” (Diéguez 2018). De allí que el afecto deviene como agencia, como fuerza movilizadora que activa la indignación y los reclamos de justicia en tiempos de terrorismo de Estado o de Necroestado (Diéguez 2018). Esto es de suma importancia, en relación con el potencial de las crónicas sobre la violencia, por cuanto en ellas cobra relevancia la dimensión estética como

manifestación de lo sensible que se contrapone a los mecanismos de la barbarie y de la guerra. Es precisamente esta agencia de la afectividad la que se pone en marcha en la representación de la violencia configurando la “posibilidad anti-ilusoria y corrosiva del arte” (Ibid, 46) y la literatura frente al horror y la barbarie.

Lista de referencias

- Bencomo, Anadeli. «Violencia crónica o crónica de violencia.» Cap. 1 de *Tras las huellas de una escritura en tránsito, la crónica contemporánea en América Latina*, de Graciela Falbo, editado por Graciela Falbo, 21-42. Buenos Aires: Ediciones Al Margen, 2007.
- Benjamin, Walter. «El Narrador (1936).» Traducido por Roberto Blatt. Taurus, 1991.
- Beverley, John. «Anatomía de testimonio.» *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana del Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar* 25 (1987): 7-16.
- Butler, Judith. *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós, 2006.
- Caparrós, Martín. «Contra los cronistas.» En *Antología de Crónica Latinoamericana Actual*, editado por Darío Jaramillo Agudelo, 613-15. México: Alfaguara, 2012.
- Caparrós, Martín. «Por la crónica.» En *Antología de crónica latinoamericana*, de Darío Jaramillo Agudelo, editado por Darío Jaramillo Agudelo, 613-16. México: Alfaguara, 2012.
- Cavarero, Adriana. *Horrorismo: Nombrando la violencia contemporánea*. México: Anthropos Editorial. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. Div. Ciencias Sociales y Humanidades., 2009.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. *La masacre de El Salado: Esa guerra no era nuestra*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica, 2009.
- Cehin, Ana. «Las minas queiebrapatatas: la crónica "Un país de mutilados" de Alberto Salcedo Ramos.» *Pilquen. secc. cienc. soc., Viedma*, v. 17, n. 2., 2014.
- Criscione, Giacomo. «Las prácticas tanatoolíticas en los tiempos de la seguridad democrática (2002-2010). Aniquilamiento, disciplina y normalización.» *Trabajo de grado para optar al título Magíster en Estudios Latinoamericanos*. Bogotá D.C.: Pontificia Universidad Javeriana, 2011.
- Cruz Hoyos, Santiago. «Alfredo Molano, el cronista de la otra cara del conflicto.» *El País*, 17 de abril de 2016.
- Diéguez, Ileana. «Congreso internacional Cuerpos, despojos, territorios. La vida amenazada.» *Las formas de lo político. Prácticas para nombrar lo que nos falta*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, 16 al 20 de octubre de 2018.

- Esquivada, Gabriela. «Los nuevos cronistas de América Latina.» Cap. 6 de *Tras las huellas de una escritura en tránsito, la crónica contemporánea en América Latina*, de Graciela Falbo, editado por Graciela Falbo, 111-141. Buenos Aires: Ediciones Al Margen, 2007.
- Falbo, Graciela. «Introducción.» En *Tras las huellas de una escritura en tránsito*, editado por Falbo Graciela, 11-21. Buenos Aires: Ediciones al Margen, 2007.
- Figuroa. 2004.
- Freud, Sigmund. *Personajes psicopáticos en el escenario, obras completas Vol. 7*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2004.
- Giorgi, Gabriel. *Formas comunes, animalidad, cultura, biopolítica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2014.
- Girard, René. «Del deseo mimético al doble monstruoso.» En *La violencia y lo sagrado*, de René Girard. Barcelona: Anagrama, 1995.
- Guerriero, Leila, entrevista de Lee por gusto. *El perfil, la crónica es el momento del otro* (17 de octubre de 2013).
- Jelin, Elizabeth. «¿De qué hablamos cuando hablamos de memoria?» En *Los trabajos de la memoria*, de Elizabeth Jelin, 17-37. Madrid: Siglo XXI, 2002.
- Leal Arango, Andrea Carolina. *Alfredo Molano: Toda una vida recorriendo Colombia*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2013.
- Molano, Alfredo, entrevista de Alba Nubia Rodríguez. «Alfredo Molano en ConversanDos.» *ConversanDos*. Cali, (21 de Marzo de 2010).
- . *Cienciágora, experiencia, renovación y esperanza de la ciencia en Colombia*. 11 de Mayo de 2006. http://cienciagora.com.co/infodetail/ciencias-sociales-afines/galeria_de_cientificos/alfredo-molano-bravo-50.html# (último acceso: 3 de Octubre de 2007).
- . *Desterrados, crónicas del desarraigo*. Bogotá: Áncora, 2001.
- Molano, Alfredo, entrevista de Maria Teresa Uribe. «Por la democracia en Colombia.» *Cátedra Pública*. (4 de septiembre de 2003).
- Muñoz, Boris. «Notas desabotonadas.» En *Antología de crónica latinoamericana actual*, de Darío Jaramillo Agudelo, editado por Darío Jaramillo Agudelo, 627-32. México: Alfaguara, 2012.
- Nieto, Patricia, y Natalia Botero. «Relatos de una cierta mirada. El acontecimiento, la fotografía y el sentido.» Secretaría de gobierno de Medellín, 2011.

- Oslender, Ulrich. «Geografía de terror y desplazamiento forzado en el pacífico colombiano: conceptualizando el problema y buscando respuestas.» En *Conflicto e (in)visibilidad. Retos en los estudios de la gente negra en Colombia*, editado por Eduardo & Rojas, Axel Restrepo. Universidad del Cauca, 2004.
- Osorio, Jesús. «L'oeuvre d'Alfredo Molano: sous le signe de l' hybridation générique.» *Thèse. Langues et littératures romanes. Pitiers: Université de Poitiers.*, 2014.
- Pécaut, Daniel. «De la violencia banalizada al terror.» *Controversia*, 1997.
- . *Guerra contra la sociedad*. Bogotá D.C.: Editorial Planeta Colombiana, S.A., 2001.
- Portelli, Alessandro. «Sobre la diferencia de la historia oral.» En *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo*, 17-35. Rosario: Prohistoria ediciones-Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación Universidad de la Plata, 2016.
- Pública, Memorias Cátedra. «Dialogo con Alfredo Molano.» Antioquia: Universidad de Antioquia, 4 de septiembre de 2003.
- Reguillo, Rossana, entrevista de Teresa Andrade. *La crónica es una marca de época* Vértice, (4 de Julio de 2004).
- Restrepo, Laura. «Niveles de la realidad en la literatura de la 'Violencia' colombiana.» En *Antología del pensamiento crítico colombiano contemporáneo*, de Víctor M. Moncayo, 453-490. Buenos Aires: CLACSO, 2015.
- Revista Semana. «Las palabras de Molano a la Universidad Nacional.» *Revista Semana*, Septiembre 2014.
- Rivera Garza, Cristina. «Desapropiación para principiantes.» *Literal Voces Latinoamericanas*, Mayo 2017.
- Rivera Garza, Cristina. «Desapropiación para principiantes.» *Literal. Voces Latinoamericanas*, 2017.
- Rotker, Susana. *La Invención de la Crónica*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Salazar, Jezreel. «La Crónica: Una Estética de la Transgresión.» *RAZÓN Y PALABRA*, Octubre- Noviembre 2005.
- Salcedo Ramos, Alberto. «Del periodismo narrativo.» En *Antología de Crónica Latinoamericana Actual*, de Darío Jaramillo Agudelo, editado por Darío Jaramillo Agudelo, 632-33. México: Alfaguara, 2012.
- Salcedo Ramos, Alberto, entrevista de Daniel Robles Chian y Jaime Cabrera Junco. *Entrevista al cronista Alberto Salcedo Ramos* Lee por gusto. 23 de Noviembre de 2014.

- Salcedo Ramos, Alberto, entrevista de Carlos Fernando Chamorro. *Entrevista con Alberto Salcedo Ramos: "En la derrota se conoce al ser humano"* Confidencial. 6 de Junio de 2016.
- . *La eterna parranda*. Bogotá D.C.: Penguin Random House, 2015.
- . *Textos escogidos Alberto Salcedo Ramos Leer el Caribe*. Cartagena: Instituto de Patrimonio y Cultura de Cartagena de Indias, 2012.
- Sampson, Anthony. «Cultura y Violencia.» Grupo de investigación en Psicología Cultural. Universidad del Valle, 2005.
- Segato, Rita. *Contrahegemonía web. Apuntes sobre socialismo desde abajo y poder popular*. 1 de Julio de 2017. <http://contrahegemoniaweb.com.ar/rita-segato-como-terminar-con-la-guerra-de-conquista-permanente/> (último acceso: 17 de noviembre de 2017).
- . *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2016.
- Serje, Margarita. «El mito de la ausencia del Estado: la incorporación económica de las "zonas de frontera" en Colombia.» *Cahiers des Amériques latines*, diciembre 2012.
- Todorov, Tzvetan. *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós, 2000.
- Villanueva Chang, Julio. «El que enciende la luz.» En *Antología de crónica latinoamericana actual*, de Darío Jaramillo Agudelo, editado por Darío Jaramillo Agudelo, 583-607. México: Alfaguara, 2012.
- Villoro, Juan. *La crónica, ornotorinco de la prosa*. Editado por Darío Jaramillo Agudelo. México: Alfaguara, 2012.
- Zamorano, Luis. «El hombre parresiasta y la reificación mítica del animal político.» *Metrópolis: Arte / Comunicación/ Cultura*, agosto 2013.